

# Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- \* Los maestros de la literatura policial: EL ESPOSO AUSENTE (Una novela completa), por William G. Bogart.
- \* POEMA, por Mario Picado Umaña.
- \* Tradiciones costarricenses: CONFLICTO ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO, por Gonzalo Chacón Trejos.
- \* Correo desde España: LEYENDA DE UNA VIDA, DE ZWEIG, por Julio C. Suñol.
- \* La vida de un costarricense ilustre: EL HISTORIADOR DON CLETO GONZALEZ VIQUEZ, por Carlos Fernández Mora.
- \* CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 9 de Octubre de 1954.  
Nº 118.

## EL ESPOSO AUSENTE

CAPITULO I

Por WILLIAM G. BOGART

Propiedad del autor. Distribuido por King Features Syndicate

**R**ECUERDO que era un día viernes de mediados de Agosto y como a las ocho de la noche. Ordinariamente hubiera estado soplando una agradable brisa del rumbo del lago, pero esa noche el aire estaba caliente y húmedo como el rostro de una bailarina después de la quinta aparición. Me dirigí a su departamento vistiendo un traje de lino blanco, fresca camisa azul, corbata con rayas blancas y azules para hacer juego, calcetines blancos con una raya azul y una cicatriz también azul en la mandíbula que me había dejado la bala de un rifle japonés.

—No es calor, es la humedad,—opinó el conductor del coche, suspirando.

—¿Me dijo que el domicilio es Pier-son, cerca de Michigan?

—Eso fue lo que dije,—contesté con voz seca, enjugándome el sudor que perlaba mi frente.

El conductor me lanzó una mirada rápida por el espejo, se encogió de hombros y aceleró la marcha del vehículo. Con seguridad que estaba pensando que yo era uno de estos tipos avinagrados y le concedí la razón. Me sentía malhumorado y lo estaba mostrando evidentemente.

—Okey, amigo, así que basta que ella mueva el dedo meñique para que tú emprendas la carrera para verla,—me dije. Unos cuantos años atrás hubiese jurado que iba a ser la última vez que veía a Louella Townley. Era una muchacha elegante, de hermoso pelo rubio. Y llena de ambición, además. No era la muchacha adecuada para mí, Steve Morgan, que tomaba las cosas como venían, sin importarle si aplababa una gran fortuna o no, pero divirtiéndose un poco a lo largo del camino, Lou, la muchacha pueblerina, que había triunfado en el ruidoso y escandaloso Chicago! ¡Y en qué forma! Había ido recogiendo tipos aquí y allá, usándolos para su conveniencia y luego arrojándolos al camino como si se hubiese tratado de basura.

Pero eso no aconteció con este tipo, corderito. Steve Morgan logró zafarse antes de que fuera demasiado tarde. Steve tomó sus noventa kilos de energía y músculo y se los llevó a la guerra para convertirse en héroe. Un héroe grande y agradable con una hermosa cicatriz en la cara, y otra cicatriz que no se veía porque se hallaba muy por dentro de él. Lou se casó con un costal de dinero dos semanas después de que partiste, ¿lo recuerdas? La adorable Lou. Sin duda alguna! ¡Y ahora aquí vas en su persecución como un perro hambriento a desenterrar el hueso que escondió!

Recordaba sus palabras urgentes por el teléfono, apenas unas horas atrás. —Por favor, Steve. Debo verte. Es te-

rriblemente importante. Ya habían pasado varios años y su voz seguía teniendo la misma tonalidad profunda y baja, capaz de formarte nudos en el estómago.

El coche se detuvo en una calle tranquila y agradable del lado Norte, frente a un alto y bien cuidado edificio de apartamentos, a cuya entrada un portero se inclinó cortésmente delante de mí, abriéndome la puerta y saludando. —Buenas noches, señor.

Otro caballero de uniforme y también muy cortés esperaba en la sala del edificio, a unos cuantos metros de distancia.

—¿A quién desea ver, señor? —Era un hombre impassible, tranquilo, sin prisas de ninguna especie.

—Se lo dije.

—¿Lo esperan?

—Sí, me esperan,—contesté con impaciencia, a tiempo que lo veía marchar con toda calma hacia el teléfono interior que se hallaba en un pequeño receptáculo empotrado en la pared. Habló cortésmente con alguien durante unos momentos, luego movió la cabeza en dirección mía, se dió vuelta y echó a andar por la sala con su garbo tranquilo y reposado.

Se colocó a un lado del ascensor y

esperó hasta que yo hube entrado, luego cerró la puerta con sumo cuidado. Empezamos a subir sin cultivar ninguna relación entre los dos.

El pasillo era un lugar tranquilo y bien alfombrado. La puerta de las habitaciones de Lou estaban frente a la del ascensor. Se abrió y entré.

La muchacha que me recibí era una negra joven de cutis pálido de tono ambarino. Sus ojos eran grandes y muy abiertos, boca pequeña, y probablemente no era atormentada por pensamientos de ninguna clase.

—Por aquí, señor Morgan,—me dijo, conduciéndome a través de la antecámara con rumbo a la sala de descanso. La negrita llevaba puesto un vestido negro y algo que hacía las veces de delantal, pero que más bien parecía un pañuelo.

—La señorita Louella saldrá dentro de un momento, señor Morgan,—dijo la doncella. Tomó mi sombrero y me invitó a sentarme. Luego cruzó la habitación y desapareció por quién sabe dónde.

La sala era muy hermosa. Se había gastado dinero en ella. El tapete corría de pared a pared y parecía sentirse en los tobillos como un lecho de blanca y espumosa nieve. Casi todo lo



Dándome una de las bebidas se sentó en el largo diván que se hallaba frente a mí.

demás que había en el cuarto era de matices color de rosa. Las lámparas eran de color de rosa y cromo. Las cortinas de las enormes ventanas eran de color de rosa también y tan largas que cubrían una buena parte del tapete.

De las paredes de color de rosa pálido colgaban grandes fotografías de mujeres hermosas, del tipo de las que aparecen en las cubiertas de las revistas. Eran fotografías inteligentes y profesionales que habían sido tomadas por alguien que conocía el negocio. Eran obra de Louella y ella conocía bien su profesión. Su estudio trabajaba con algunas de las agencias más grandes del negocio de anuncios.

Yo estaba sentado en un sillón amplio y profundo y sentía la caricia fresca que parecía envolver a toda la habitación. Las ventanas estaban herméticamente cerradas. De algún lugar surgía el suave zumbido que denotaba la oculta instalación de un sistema de ventilación automático. Era un lugar tranquilo y adecuado para pensar. Pero yo no quería pensar. Me levanté, caminé un poco por el cuarto y luego me volví a sentar.

—¡Steve, ¡Querido!

Allí estaba ella de pie en el umbral de la otra puerta. Debí haber estado allí durante algunos momentos antes de hablar. Una sonrisa empezaba a dibujarse en sus labios rojos pero sin llegar a afectar todavía el azul gris y frío de sus ojos. Avanzó suavemente por la gruesa alfombra, extendiendo las dos manos con las palmas hacia abajo, esperando que yo las tomara.

—Steve, ha pasado tanto tiempo!

—Me parece que sí,—dije con indiferencia, tomándola de las manos frías que me ofrecía.

Sus ojos, muy abiertos y de expresión inteligente, me examinaron con rapidez y luego regresaron a mi rostro. —¿Años, verdad, Steve?

Moví la cabeza en señal de afirmación.

—Siéntate,—me dijo con apremio. Voy a traerte algo de beber. Se dió vuelta como para llamar a la doncella, pero prefirió hacerlo ella misma y se acercó a una cantinita. —¿Todavía te gusta el escocés con agua gaseosa?—Se volvió hacia mí, sonriendo.

—Tienes buena memoria,—dije.

La observaba mientras preparaba las bebidas. Era alta, de curvas suaves. Su cabello ondulado era como de oro quemado en la parte de arriba por los efectos del sol. Su rostro tenía un suave color tostado. Se veía sana y llena de vida. Llevaba puesta alguna cosa que hacía las veces de bata de casa y que dejaba muy poco a la imaginación acerca de sus hermosos hombros y espalda. Era también de corte muy bajo por enfrente. Lou tenía un cuerpo muy hermoso. El cabello echado hacia atrás, cogido con alguna

cosa por la nuca, caía suavemente sobre sus hombros.

Dándome una de las bebidas se sentó en un largo diván que estaba frente a mí, curvando un pie debajo de ella. Sus ojos profundos estaban brillantes.

—Déjame mirarte, —dijo con voz profunda. Me siento muy contenta de volverte a ver, Steve.

La dejé que me mirara. Me bebí la mitad del líquido, esperando que deshiciera los nudos que sentía por dentro.

—Cuéntame acerca de ti, querido. Por favor. Nunca me has llamado, ya lo sabes.

—He estado bastante ocupado.

Ella se dejó caer con desahogo en los mullidos cojines y su vestido dejó al descubierto la pierna que había extendido. Era algo que ver, pero yo ya lo había visto antes. Todavía valía la pena verlo, desde luego. Así que lo miré.

Le dí un pequeño bosquejo a mis actividades. Tuve suerte, —dijo, palpándome la cicatriz. Un hombrecillo amarillo me sacó del tumulto sin estropear me demasiado.

—Apenas se nota, —dijo ella. —No se notaría nada si no frunciese el ceño.

Agoté la bebida y deseé que procediera a contarme su problema. La bebida no me había ayudado gran cosa. Era un tormento estar sentado allí contemplando su hermoso cuerpo y pensando que se había casado con Dave Townley dos semanas después de que yo había marchado para convertirme en héroe.

Dije, —Acerca de tu llamada telefónica, Lou...

Se levantó y me quitó el vaso, dirigiéndose a la cantinita para volverlo a llenar. Dándome la espalda, observó. Tú no conociste nunca a Dave, ¿verdad?

—No.

Cuando cruzó el cuarto regresando a su asiento, la media sonrisa había desaparecido de su rostro.

—¿Por supuesto que sabías que me había casado con él?

Asentí. Me dió el vaso y la miré sobre él cuando volvió a sentarse.

—Supongo que esa fue la razón por la que nunca trataste de comunicarte conmigo, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Después de todo... —Dejé que la idea sigiera su propio camino.

Ella dijo con premura: —Te diré por qué, Steve! No creíste que era correcto llamar a una mujer casada, con la que habíamos andado paseando por más de dos años y que todavía pensaba que tú eras un muchacho excelente. Una muchacha que recordaba todo lo mucho que nos habíamos divertido juntos.

Yo sonrei. —Bueno, ¿de veras?

Una bola roja pareció encender sus mejillas. —¡Oh! exclamó y poniéndose rápidamente de pie se acercó de nuevo a la cantinita. Se dió vuelta con rapidez y me miró airadamente. Nunca te conocí como un hombre que se dejaba detener por las formas.

—Terminé mi bebida, y me le quedé mirando por sobre el borde del vaso.

La ira hacia echar chispas a sus ojos. Cruzó el cuarto y me arrebató el vaso volviendo a regresar al mueble de los licores.

Volvió de nuevo hacia donde yo estaba y se sentó a mi lado, poniéndome una mano sobre la rodilla.

—Steve, querido, —dijo entrecortadamente, —has cambiado. Eres cruel y estás amargado. Siempre fuiste un muchacho áspero, pero nunca como ahora. Me miró de reojo. ¿Soy tan diferente? ¿Ya no te intereso más? Estaba muy cerca de mí, con su mano todavía en mi rodilla, su figura esbelta sólo separada de mí por la delgadez de la bata.

Yo estaba sintiendo ya los efectos del licor y me estaba preguntando cuáles serían las horas de oficina de su marido. Me daba cuenta de que los ojos de Louella me miraban con curiosidad.

Poniéndome de pie frente a ella, dije con aspereza: —Después de todo, estás casada. Las cosas son diferentes.

¿Por qué no me dejaste en paz? ¿Por qué llamarme a la oficina? Tengo coque, razón y pulmones y la sangre corre por mis venas. Tengo algo que me palpita dentro. Le pasé la mano por su hermosa cara. Me dije que todo era hermoso y formidable y todo eso, pero ahora la señora está casada y tienes que olvidarla. Es propiedad privada. Sigue tu camino y hazte detective privado, Steve Morgan, y olvídate de Lou. No es para ti, amigo.

—Steve! —También ella se había puesto de pie ahora. Muy cerca de mí. Con las manos colocadas en mi pecho y el perfume que brotaba de ella mezclándose con los efectos ardientes del licor. —Steve, querido. Estoy tratando de decirte. Dave y yo no hemos estado juntos casi durante un año...

—Además de eso... —Me detuve. La miré con un fruncimiento de cejas.

Era alta, pero tenía que inclinarme para ver su cara vuelta hacia mí.

—Estoy tratando de decirte, repitió. —Nunca dió resultado, Steve. Dave y yo estamos separados. Ya terminó todo.

Sus manos se deslizaron por debajo de mis brazos. Se apretó junto a mí. —Ni siquiera me has besado, —murmuró suavemente.

La rodeé con los brazos. Le eché la cabeza hacia atrás y mis dedos se entrelazaron en su pelo. Sus tibios labios se acercaron a mi boca y durante unos momentos sólo se escuchó el zumbido apacible del sistema de ventilación. —Eso está mejor, hombre duro y cruel.

Yo me sentía como si me estuvieran mecido cuando la solté. Tal vez lo estaba.

—He tenido noticias, Steve, de que has decidido volver a dirigir tu propia agencia. Por esa razón te llamé.

Quería algo. Debía haberlo sospechado.

—Te llamé porque no tengo a nadie más a quien pueda acudir, querido.

Yo seguía callado.

—Dave ha desaparecido, —me anunció.

Se había sentado de nuevo, pero al borde del sillón. Parecía ser objeto de una profunda tensión.

—Me dijiste que no lo habías visto durante todo un año.

Ella movió la cabeza. —No dije eso. Dije que no habíamos vivido juntos durante un año. Naturalmente que lo he visto. No podía permitir que nadie se diera cuenta de cómo andaba la cosa, especialmente tratándose de relaciones comerciales. Ya sabes cómo es cuando tienes tratos con gente de las agencias. Son tan sensitivos como los caballos de carrera. Ninguno de ellos se dió cuenta de que Dave y yo...

—¿Desapareció? —pregunté. Ella asintió. —Hace una semana... He buscado por todas partes. No hay rastros de él en ningún lado!

Sonrei levemente. —¿Te abandonó, nena?

Abruptamente volvió a ponerse de pie. Se acercó a la mesa y aplastó su cigarrillo en el cenicero. Sus ojos se habían oscurecido.

Con tono intenso, dijo: —Esa es una de las cosas que quiero saber! Si trata de abandonarme no pienso darle la oportunidad para que se divorcie de mí. Si es divorcio lo que quiere, va a ser del otro modo. ¡Nadie va a convertirme en una tonta y a salirse con la suya!

Aquello me intrigó. He dicho antes que Louella era ambiciosa y ahora podía ver su proyecto. —Nena, —le dije, —empiezo a ver lo que traes entre manos. Si tú entablas juicio de divorcio tal vez puedas recoger la bonita suma de, digamos, cien mil dólares a manera de arreglo. Entiendo que el tipo ese vale un costal de dinero. Hiciste bien en casarte con él. Eres una muchacha muy lista, Lou. Me puse de pie y empecé a cruzar el cuarto. Pero todo lo que tú necesitas es un abogado astuto que se especialice en cuestiones de divorcio. Dale una buena rebahada y no tendrás dificultades. Sentía que me ardía la cara y la vieja cicatriz parecía un hilo candente a través de mi mandíbula. Ahora, si quieres ha-

## Poema

La noche

con su lanza de estrellas

obliga a Dios

y lo golpea

con su herramienta negra.

Le desarruga la inocencia

—si aún la conserva—

al son de muerte fresca.

(Porque hay tantos caminos a la tierra,  
tanta boguera sin leña...)

Alzan las sombras

ignorados prometeos que navegan,

mientras en rayo se diluye

el viejo caracol de la tormenta.

Dios

—un menú de silencio y de protesta—  
ensayando cadenas

hace burbujas inútiles de piedra.

Y remolcamos a la noche

—un prólogo sin libro—

a fuerza de lunas y de ausencias...

MARIO PICADO UMAÑA

cerme el favor de indicarme donde puse la doncella mi sombrero...

entonación fue tal que me di vuelta para mirarla. No se había movido de la mesa, cerca de la cual permanecía como paralizada, fijos los ojos en mi rostro y con voz que parecía un murmullo.

—Es la razón verdadera por la cual te llamé, —continuó. —Steve, tu fama era muy grande en un tiempo. Se te consideraba muy capaz. Creo que todavía sigues siendo así. Conoces el ambiente de este pueblo y puedes hacer esto sin que nadie se de cuenta... Al menos, todavía.

—¿Hacer qué?

—Averiguar si está muerto. —No lo he visto, —explicó. —Ni he tenido noticias tuyas. No ha estado en su oficina durante toda una semana ni en el lago donde sus amigos están pasando el verano.

—¿Es tan importante eso? Tal vez tuvo alguna cosa que hacer.

Lentamente movió la cabeza. —David no Cuando está envuelto uno en tantos asuntos como él, hay que estar en acción constantemente. Nunca ha dejado de pasar parte del día mirando el tablero de Simpkins Hart, una oficina de corretaje de la calle La Salle. La bolsa ha estado tan confusa. Y siempre tiene otra docena de cosas en la lumbre.

Pregunté: —¿Tenía algunos enemigos?

—Naturalmente. Quienquiera que amase una fortuna en unos cuantos años también adquiere algunos enemigos a lo largo del camino. Inconscientemente se acarició la garganta con los dedos. —Steve! ¿No crees que...

—No dije nada. Tal vez esté muerto el tipo. No lo amas, dijiste eso o lo diste a entender. Así que, debe haber algo más. ¿Qué?

Mi voz tuvo el mismo efecto que si la hubiese sacudido.

Prosiguió: —Supón que esté muerto. Supón que me siento y no hago nada sino esperar. Tengo que saberlo, Steve. Dave está asegurado por cien mil dólares. Podría usar ese dinero ahora mismo. Lo necesita para el negocio...

—¿Dios mío! —exclamé, poniéndome de pie. Sentía deseos de abofetearla.

—Espera! —me rogó rápidamente. Por favor trata de ver la cosa desde mi punto de vista, Steve. La incertidumbre me está poniendo frenética. No puedo ir a la policía. Si no ha pasado

nada, todos se reirían de mí. Y si está vivo, tal vez podamos saber qué se trae entre manos y yo podré obrar de acuerdo con ello.

Lou era astuta; no perdía de vista ningún hilo. Pregunté: —¿Qué es lo que te hace creer que puede haber pasado algo?

Sus ojos grises, intensos, sostuvieron mi mirada. —Fue el fin de semana antepasada, —comenzó a contar. Yo estaba en el lago. Dave pasó por la cabaña a visitarme temprano el sábado por la noche. Llegó un hombre pidiendo verlo. Nunca lo había visto antes. Dave me pidió disculpas y los dos salieron a platicar al pórtico. Pareció que reñían.

—¿Sobre qué?

—Ses en medio de la cabeza. —Pero lo reconocería si lo volviera a ver. Frunció el ceño ante el esfuerzo mental. Iba bien rasurado pero tenía la clase de cutis que siempre tiene un tono azulado donde crece la barba. Parecía ser la clase de persona que puede uno encontrarse en las carreras de caballos. No un acecho, sino un hombre inteligente y de buena posición. Tenía un mechón de cabellos grises en medio de la cabeza.

Encendí un cigarrillo y permanecí silencioso por un rato. Lou me miraba con fijeza. Se me ocurrieron una docena de razones para no tocar la misión esa ni con una pèrtiga de cinco metros. Si surgía algo inesperado, yo era el tipo que había andado paseando con Louella. La gente recordaría eso. Yo iba a ser sorprendido en medio si algo le había sucedido a Dave.

Así que dije: —¿Cuándo vas a ir al lago de nuevo?

Ella se me acercó y me rodeó con los brazos teniéndome así por un momento.

Luego me miró y dijo con excitación: —Iré hoy en la noche en mi coche. Sólo se hace un par de horas. Puedes acompañarme...

Moví la cabeza. —No, iré por la mañana. Dame la dirección y te veré allí mañana.

Se acercó al escritorio y escribió algo en un papel. Era el nombre de una cabaña en la Cadena de Lagos de la región de Wisconsin. No estaba lejos de Chicago. Yo había estado por allí un par de veces antes. Ese sitio era visitado por gente de las agencias de anuncios. Yo conocía a algunos de ellos. Me recordaban. Casi a todos los había conocido por mediación de Louella.

Ella me había llamado en la ocasión en que un cliente millonario había sido encontrado flotando en las aguas del Lago Michigan, muerto y abotagado. Había sido cliente de la agencia para la que Louella hacía la mayor parte de su trabajo. Todos pensaron que el tipo había sido asesinado. Pero resultó ser un suicidio. Había estado bebiendo durante una semana y una noche saltó del muelle. Poca gente sabía que era un dipsómano.

—¿A qué horas nos veremos mañana, Steve?

—Tal vez ni me veas. —Moví la cabeza, mirándola. —Para ser una muchacha tan brillante, nena, algunas veces resultas tonta. Naturalmente que no se nos debe ver juntos demasiado. Si algo le ha sucedido a Dave, la gente va a empezar....

Louella agitó la mano con negligencia como si fuera la cosa menos importante del mundo. —No seas tonto. Tú solo viniste a pasar al fin de semana por aquí, eso es todo. Estabas visitando a viejos amigos. Y sucede que yo soy uno de ellos.

—Era una lindura, —le dije. —Me pondré en contacto contigo.

Viendo que estaba listo para marcharme, moví la cabeza en señal de afirmación y llamé a Clarabella, que era el nombre de la negrita de piel clara, y la cual apareció tan rápidamente que ha de haber estado escuchando en la puerta del pasillo. Además, ya traía mi sombrero.

Tomándolo de su mano, le dije: —Qué orejas tan grandes tienes, abuelita.

—¡Qué chistoso! —me contestó.

—Sí, —le dije. —Soy un terror. Louella me tomó del brazo entonces y me acompañó hasta la puerta. Esperaba que la volviera a besar. La doncella andaba por allí haciendo quién sabe qué en el extremo de la sala de descanso.

Dije: —Bueno, pasa buenas noches, —y salí.

De regreso al centro con rumbo a mi hotel, maldije a Dave Townley por haber abandonado a su mujer. Si hubiese tenido una esposa como Louella, de cierto que no la hubiese dejado así porque sí. Cada vez que me acordaba de la emoción que había sentido al estrecharla entre mis brazos, también me maldecía a mí mismo.

Ya en el hotel puse unas cuantas cosas en una maleta, poniendo en ella mi pistola especial, eché otra ojeada al rededor, cogí mi bolsa y salí.

Fué un viaje agradable una vez que me alejé de la ciudad y empecé a manejar por la carretera de Skokie.

## CAPITULO II

Era un pueblo frecuentado por visitantes. Hacía un buen negocio durante el verano y mucha gente permanecía en él durante todo el año. La mayor parte de ella vivía en los lagos esparcidos aquí y allá, pero también había un par de hoteles. El Greenwood se miraba tan bueno como el otro. Encontré un garage de estacionamiento cerca, dejé mi coche allí y regresé a pie por la calle principal. No era muy tarde, apenas pasadas las once.

El Hotel era un gran edificio cuadrangular en la avenida principal. El pórtico estaba sembrado de sillas mecedoras. Sobre ese lugar se veían algunas escalerillas contra incendio de color verde. El salón de entrada era grande y agradablemente fresco. Un pequeño letrero luminoso sobre la puerta decía: "Salón Log Cabin".

—Un cuarto sencillo, —dije al empleado.

Era un hombrecito de aspecto delicado y ojos borrosos con un clavel en el ojal de su saco.

—¿Tiene reservación, señor?

Moví la cabeza en señal de negación.

—Lo siento, señor. El hotel está lleno.

Le permití ver el billete de cinco dólares que tenía en la mano. El reptó: Lo siento.

Crucé el salón en dirección al jefe del servicio que se encontraba detrás de un escritorio con aspecto de pulpito. Pasándole los cinco dólares, dije: —Me llamó Stephen Morgan. ¿Quiere



Me golpeó la quijada con un golpe que traía bastante fuerza.

re ver si tengo reservación? Cuarto sencillo.

Tomó el dinero y dijo con rapidez: —Sí, señor. Después de una pequeña ausencia de tres minutos regresó con un trocito de papel en la mano.

—Aquí está, señor Morgan. Si quiere firmar el registro, haré que un muchacho le suba la maleta a su cuarto.

Regresé al escritorio y entregué al hombrecito delicado el trocito de papel y anoté mi nombre en el registro. Su envoltura exterior de impecabilidad no hubiese podido ser rayada ni con una hacha.

El cuarto estaba bien. Daba hacia la parte de atrás, tenía una cama grande en la que no me darían calambres y un baño de ducha.

Por unos momentos observé al botones que se dedicaba a arreglar las persianas y a abrir y cerrar las gavetas haciendo tiempo en espera de la propina. Arroándole un medio dólar, le pregunté: —Hace algún tiempo que no he venido por estos rumbos. ¿Qué tal se encuentran los lugares de juego?

Silenciosamente, se me quedó mirando un rato. No era de mayor tamaño que un corredor de caballos y parecía conocer muy bien su negocio. Finalmente dijo: —Con Valenti. Queda al oeste del pueblo. Se llama Los Robles. Dudo que pueda entrar a las salas de juego. Debe tener una tarjeta.

—¿Y cómo puedo conseguirla?

—Lo siento, —dijo. —Si se le ofrece alguna otra cosa...

—Nada por ahora, —le aseguré. Aparentemente era un pueblo de costumbres muy libres. La gente que acudía por aquí tenía bastante dinero para repartir a manos llenas. Después de que se fué el jovencito yo me bajé a la cantina.

El salón era muy largo, con ventilación automática y bastante concurrido. La mayor parte de los asistentes estaban agrupados en pares o de cuatro en cuatro. Había hermosas mujeres luciendo joyas de gran valor. Me senté frente a la barra y me puse a escuchar la plática que sostenía detrás de mí cuatro jóvenes. Abruptamente escuché que uno de ellos lanzaba un silbido suave.

—¡Mira nomás! —exclamó con entonación bastante satisfecha.

Una de las muchachas le ordenó callarse. —Cállate, tonto, esa es Velma Deering!

—No sé quién será, —dijo el mozo. —pero vale la pena mirarla.

—Escúchame... —empezó a decir una de las muchachas en son de queja.

Me di vuelta ligeramente en el banquillo. Los muchachos estaban mirando hacia la parte delantera del salón. Vi lo que estaban mirando y tuve que

concederles crédito. Velma era algo que valía la pena verse. Era alta y de cabello plateado. Llevaba puesto un largo vestido de calle y un saco de armiño azul. Probablemente se veía mejor de lo que realmente era, pues sabía usar el maquillaje con ventajas.

El cantinero también le había echado una mirada. Era un hombre de cuerpo bajo, macizo y de cabeza calva. —Buenas noches, señorita Deering, —dijo sonriendo.

—Hola, Pepe, —contestó la mujer con voz suave y agradable.

Había venido a sentarse al banquillo que estaba a mi lado.

—¿Jerez, señorita Deering?

—Creo que sí, Pepe. Un pequeño bolso de mano de cuentas plateadas apareció sobre la barra junto a mi brazo derecho. Como no queriendo la cosa eché una mirada al espejo del fondo. En ese momento ella estaba haciendo lo mismo y nuestros ojos se encontraron. Me arrojé una mirada indigente sin significado alguno. Yo seguí saboreando mi bebida, cerveza en esta ocasión.

Ella le preguntó a Pepe, —Ha estado Tohi por aquí? — El cantinero me vió la cabeza, negando. —No lo he visto en toda la noche.

Le arrojé una mirada encubierta. Ahora estaba ensayando un fruncimiento de cejas. Debería tener más edad de lo que aparentaba, sin maquillaje. Tal vez unos treinta años.

—¿No trabaja hoy en la noche en Los Robles?

Movió la cabeza, negando. Ahora me entró el interés. Los Robles era el lugar que había mencionado el botones. El lugar donde quizá encontraría al hombre del mechón de pelo gris que Lou había mencionado.

—Ya estaba pensando en irme para allá, —dijo Velma. Tony me aseguró que estaría en la ciudad esta noche, pero no lo he visto por ningún lugar.

—No está en el Club?

—No.

Terminó de beberse el jerez y extendió la mano hacia la bolsa. Me tocó el brazo con el suyo. Le eché una mirada y nuestros ojos volvieron a encontrarse. De nuevo le dirigió la palabra al cantinero. Pepe, ¿no quiere llamarme un coche de alquiler?

—Seguro que sí. Se fue al extremo de la barra y cogió el teléfono.

Momentos después regresaba y le dijo: —No pueden enviar ningún coche como por media hora. Dicen que están muy ocupados.

—Perdóneme, —intervine yo, — tengo pensado ir a Los Robles. Con gusto le daría un aventoncito.

—Pues... empezó a decir, como si lo pensara.

—Tengo el coche en el garage que está al final de la calle.

Pareció decidirse. —Bueno, está bien. Acepto.

Me puse de pie. Ella cogió su bolso y se dispuso a abrirlo. Yo pago por éstas, —le dije. Así que echó a andar rumbo a la puerta.

Al darle el dinero al cantinero, me dijo: —Yo no me atrevería a hacer eso, amigo. Es la muchacha de Tony Valenti.

—¿Por qué no?

—Ya le digo, yo no me atrevería. Le dirigi una sonrisa. —La señora no ha puesto reparos, —dijo secamente y marchó en su seguimiento.

Salimos del pueblo atravesando calles bordeadas de árboles. Había cruzado las piernas y me di cuenta de que las tenía bastante bien. Le ofrecí un cigarrillo, encendí un cerillo y sus manos tocaron las mías al fijarme el pulso cuando encendía aquél. Me miró y observó: —No recuerdo haberlo visto en Los Robles.

—Nunca he estado allí. Entiendo que usted trabaja allí.

Ella asintió y aclaró: —Cantante. Esta es mi noche de descanso.

—¿Descanso de camionero? —pregunté riendo. —O va a jugar un poco de ruleta?

Ofrecemos esta Semana

los siguientes

LIBROS de INTERES

a precios especiales

MANUALES PRACTICOS

LIBROS DE RECIENTE PUBLICACION

D. ANTOKOLETZ—Derecho del Trabajo y Previsión Social 2 vol. ....	48.50
A. GAETE—Manual de Seguridad Social.....	6.00
C. MARTI—El Seguro Social en Hispano América	3.75
J. MENENDEZ P.—Derecho Procesal Social ....	23.00
M. POBLETE—El Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en Chile .....	17.50
J. R. PODETTE—Tratado del Proceso Laboral 2 vol. ....	23.00
A. TRUEBA—Nueva Jurisprudencia sobre Suspensión del Acto Reclamado en el Amparo...	3.25
A. SALINAS—Derecho Cooperativo .....	13.50



LIBRERIA LOPEZ

Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

Mientras ella parecía considerar la respuesta, yo agregué: —No he estado por aquí desde hace varios años. Creo que he perdido algunos contactos. Sin embargo, me gustaría jugar un poco a los dados.

—Así que eso explica su ofrecimiento del aventoncito, —opinó ella.

—No conozco a nadie por allí. Tal vez usted podría ayudarme.

—¿Qué?

Dejé que la cosa quedara allí por un rato. Su boca sensual no hacía juego con la posición amarga con que cerraba los labios. El tipo ese Valenti debía haberla hecho pasar malos ratos.

Poco después ella señaló un camino más angosto. —Es más corto por allí.

Metí el coche por el camino indicado. Momentos después íbamos marchando por la orilla del lago. Aquí y allá asomaba alguna cabaña por entre los árboles. Una de color blanco parecía ser el sitio de una fiesta en todo su apogeo en el momento en que pasábamos. Una muchacha, con un vaso en la mano y gritando como una hiena, atravesaba en esos momentos el prado de la cabaña, corriendo a toda velocidad. Detrás de ella un tipo de piernas de hule trataba de darle alcance.

—Nada produce tanto descanso como unas vacaciones en el campo, —dije, inspirado por la escena aquella.

La boca de Velma Deering hizo un gesto. —Los ricos apuestos. Aquí se compra cualquier cosa, si tiene el dinero suficiente.

Pasamos un lugar de espesa arboleda y en ese momento apareció un letrero blanco como un fantasma "Los Robles". Era un lugar extenso y serpenteante, grande como una hacienda.

Velma dijo: —Vaya alrededor hacia la parte de atrás.

—Pensé que podríamos comer alguna cosa, —le dije. —He venido manejando desde Chicago.

—Está bien, pero entremos por detrás, de todos modos.

Había un lugar de estacionamiento más pequeño y privado en aquel lado del edificio. Penetramos a él por un largo salón que dividía al club en dos partes. En la parte de enfrente estaba el salón comedor principal y aparentemente un salón de baile, pudiendo oírse la música de la banda en sordina.

Cruzamos otra puerta y nos hallamos en un amplio salón de descanso que parecía dar a la parte de enfrente del edificio. En el mostrador del guardarropa una cigarrera hablaba con la encargada. La poca ropa que llevaba puesta mostraba una linda figura. Al ver a Velma, empezó a decir alegremente: —Querida, pensé que esta noche era... —Al verme se cortó y sus ojos adquirieron una expresión cautelosa.

Llegamos al comedor. —Una mesa para dos, Morris, —pidió la muchacha.

—Creo que... —comenzó a negar el llamado Morris, moviendo la cabeza.

—Una de esas mesas adicionales que siempre guardas por allí, —le interrumpió ella con un ligero movimiento de la cabeza.

Morris le ofreció la silla con cierta rigidez, pero, muy adecuadamente, haciendo una señal a un mesero. Después colocó la lista de comidas frente a nosotros.

—¿Qué le gustaría tomar? —pregunté. No tenía deseos de violentar mucho la situación. Las salas de juego tal vez trabajan toda la noche y podía hallar algo si tenía un poco de paciencia.

—Los martinis nos caerán bien antes de la carne, —sugirió ella.

—Dos martinis, muy secos, —ordenó al mesero. Vi al gordiflón de Morris cruzar el salón, pero no en dirección a la puerta de salida. Llegó a una puerta posterior y desde su quicio echó una mirada hacia atrás.

Mientras saboreábamos los martinis, el mesero se nos acercó y nos dijo: —La carne está lista como dentro de cuarenta y cinco minutos.

La banda estaba tocando algo que sonaba bien. ¿Ballamos?

Ella afirmó con la cabeza. —Está bien.

Ballaba muy bien. Echó la cabeza hacia atrás un poco y me sonrió. —Me gustan los hombres grandes. Usted parece ser muy bueno.

Correspondí a su sonrisa. —Usted no se queda atrás, duquesa.

Levantó la mano y me tocó la cicatriz con los dedos. Lo hizo con la actitud de un niño que inocentemente explora alguna cosa. —¿La guerra?

—Ajá, —murmuró.

Ella movió la cabeza, señalando hacia la orquesta. ¿Conoce la pieza que están tocando?

—¿Qué es?

—Se llama "No te conozco bastante bien". —Sostuvo mi mirada con toda calma. Y es verdad. Usted no es jugador. Y tampoco parece la clase de tipo que visita los lagos con una caña de pescar en la mano. ¿Quiere algo?

—Busco a alguien.

Me sonrió suavemente. —¿A una mujer?

Negué con la cabeza. Velma parecía ser la clase de muchacha que conocía todas las respuestas. Tal vez ella podría ayudarme. También me daba cuenta de que parecía ser algo discreta. Valía la pena hacer la tentativa.

—A un tipo llamado Dave Townley, —dije.

—Oh, a él! —Sus ojos perfilados se elevaron un tanto sobre sus ojos tranquilos, ahora de un matiz verdeoscuro en la penumbra del salón.

—¿Lo conoce?

—Viene por aquí.

—¿Solo?

—No siempre.

—¿Con mujeres?

Silenciosamente, me lanzó una mirada. Luego me dijo: —Pensé que no andaba en busca de...

—No soy casado, —aclaré. —Realmente esa parte no me interesa. Hay otra razón por la que deseo saber.

—¿Viene con la misma mujer todo el tiempo?

Ella negó con la cabeza. —Diferente, casi siempre.

—¿Cuándo fue la última vez que vino?

—Hace como una semana, —contestó, después de hacer un esfuerzo de memoria.

En ese momento se me ocurrió mirar hacia el andén de la orquesta y me di cuenta de que sucedía algo sobre lo que no me había dado cuenta. Cada uno de los músicos, aunque seguía tocando, nos miraba mientras nos desiluzábamos por el piso. Debería haber sido cómico. Media docena de ojos que iban y venían, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha.

Terminó aquella pieza. Regresamos a la mesa y terminamos nuestro segundo martini. Ya empezaba a sentirme bien.

Luego el gordiflón de Morris se acercó a nosotros y se dirigió a Velma: —Tony quiere verla. Arriba en su oficina.

La cara de Velma se puso un poco pálida. Yo me sorprendí ligeramente. No me había parecido que fuese una mujer que se asustara tan fácilmente.

Miré al jefe de los meseros y sentía que me ardía la cicatriz en el rostro. —Así que lo primero que hizo fue arrastrarse hasta arriba para contárselo, eh? ¿Qué tal le parecería un demostriador en la boca?

—Yo no haría nada de eso amigo, —dijo tranquilamente.

—No, me rogó Velma, —no haga nada. Sus ojos despidieron un destello como de verde cristal. —Lo veré. Se puso de pie. —No puede jalomearme de este modo.

No quería que la acompañara, pero la tomé con firmeza del brazo y nos dirigimos hacia la puertecita posterior. Subimos una escalera. La gruesa alfombra ahogaba nuestras pisadas. Pensé que del mismo modo ahogaría el ruido de un disparo, o el de un grito.

Velma entró rápidamente a la oficina y yo la seguí. Recuerdo que había en el cuarto dos o tres hombres, justamente con otro que estaba sentado en una silla giratoria detrás de un amplio y macizo escritorio.

—Escucha, Tony, —comenzó a decir

Velma con voz tensa. —te busqué por todas partes. Esperé...

—¿Cállate! —dijo violentamente, ni siquiera mirándola. Su vista se había clavado en mí.

Tony Valenti era un tipo bien rasurado, como de unos cuarenta años de edad, ojos negros rodeados de unos círculos azulados. Un mechón de pelo gris partía en dos porciones su negro y espeso cabello.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Valenti sin apartar los ojos de mí.

—Lo conocí en el hotel, —dijo Velma. —En vista de que no podía hablarle, él se ofreció a traerme. Me...

—Te pregunté que quién era!

—No lo sé, pero fue lo suficiente bondadoso para...

Lárgate —ordenó Valenti con dureza.

—Yo...

El repitió friamente, —Dije, circula...

La cara de Velma estaba pálida y atemorizada de nuevo. Comenzó a caminar hacia la puerta, con las facciones rígidas.

Me volví hacia ella y dije: —Dentro de unos minutos estaré contigo, duquesa. La observé mientras salía.

En esos momentos Valenti debe haberse levantado y caminado alrededor del escritorio con rapidez mientras yo le daba la espalda. Su puño venía volando por el aire cuando me di vuelta hacia él. Fue muy tarde para quitarme el golpe. Me cogió por la quijada con un golpe que parecía tener bastante empuje. Me echó la cabeza hacia atrás y me sentí un poco mareado. Le dejé ir un gancho con la mano derecha que le dió de lleno en la cara, en el mismo momento en que recibía su golpe.

Le brotó la sangre de la nariz en el momento en que retrocedía. Se tropezó o cayó, pero el caso es que midió el suelo con el cuerpo. Una especie de gruñido animal brotó de sus labios llvidos y empezó a ponerse de pie.

Los dos hombres que habían estado sentados junto a la pared se movilizaron con rapidez. El de los ojos horrosos y un diente de menos, murmuró: —Yo te lo detengo, Jorge. Su pecho tenía las proporciones de un barril.

Jorge parecía un ex-pugilista. Parecía que le habían aplastado la cara. Sus orejas no tenían forma definida. Sus ojos miraban con una expresión fija, extática. Cada uno de sus puños parecía un jamón. Empezó a balancearse, mientras que su compañero me atacaba por detrás y lograba cogerme por los brazos.

—Detenlo, —Polvoso, —dijo Jorge, mientras empezaba a golpearme la cara por un lado y otro.

Traté de golpear a Polvoso en las espinillas con los tacones de mis zapatos, pero él ya conocía esa treta y tenía las piernas abiertas mientras me asía por detrás.

Jorge me aconsejó: —No debe acercarse a Velma, amigo, al patrón no le gusta. Se me aproximó lo suficiente y le di con la rodilla. Casi cayó al suelo mientras retrocedía.

Tony Valenti observaba el saine puesto de pie a un lado, acariciándose la nariz con un fino pañuelo de lino. Había otro hombre en el cuarto pero parecía no tener ningún interés en lo que estaba pasando. Era un hombre gordo de mediana estatura. Estaba sentado en un sillón, parcialmente colocado detrás del escritorio, como si hubiese estado discutiendo alguna cosa con Valenti antes de que yo entrara.

Portaba una gruesa cadena de oro de reloj de estilo anticuado, a uno de cuyos extremos pendía una navajita dorada. Con la hoja de ésta se limpiaba tranquilamente las uñas. Ni siquiera se molestaba en mirar lo que estaba sucediendo.

A Jorge no le gustó que le pegara de aquel modo. Se me echó encima nuevamente. Me di vuelta, haciendo bambolear un poco a Polvoso. Con ese movimiento logré libertar mi brazo derecho momentáneamente de su fuerte abrazo y le di un fuerte golpe con el codo en el estómago. Se le salió el aire como a un motor por una válvula de escape. Le dejé ir un gancho a la quijada para enderezarlo y fue a estrellarse contra Jorge.

Mientras maniobraba del modo anterior, Tony lo hizo del suyo. Su brazo se alzó con una cachiporra y la dejó caer sobre la parte de atrás de mi cabeza.

### CAPITULO III

Era día sábado y un poco después de las nueve de la mañana. Mi reloj me hizo saber la hora. El calendario que estaba por fuera de mi celda me hizo saber lo otro. Sentía la cabeza como si me la hubiesen estado perforando con una máquina remachadora.

Me incorporé en la dura cama de metal. Por el modo como se veía, parecía que había dormido con la ropa que traía. Y así era. ¿Cuántas horas? Pues, había sido un poco después de la media noche cuando Tony Valenti me había explicado que no le gustaba que Velma saliera con desconocidos. Después de eso debe haber llamado a la policía y haberles contado alguna historia de infortunios. Debía ser el principal ciudadano del pueblo para obtener un servicio tan excelente.

Había habido un interludio, recordé borrosamente, cuando desperté des-



El carcelero me dio la taza de café a través de las rejas.

pués de que Valenti me golpeó la cabeza. Alguien me había dado un vaso de agua. Fue Jorge, el hombre de los ojos borrosos y la cara aplastada. Debe haberme dado un pequeño sedante para aquietarme durante algunas horas.

—¿Cómo se siente? —oí que me preguntaba una voz con tono indiferente. Un policía estaba de pie por fuera de las rejas. No llevaba sombrero, lo que me hizo pensar que sería el carcelero. Yo dije: —¿Puede el condenado beber una taza de café antes de que lo lleven al patíbulo?

—Seguro, compañero, —dijo y se fue.

Seguí sentado tratando de imaginarme por qué razón me encontraba en la cárcel. Tony Valenti era, por supuesto, el hombre que Louella había descrito con tanta exactitud. Valenti fue, de acuerdo con su opinión, una de las últimas personas que había visto a su esposo, antes de que desapareciera.

Había mencionado una rifa por razón del juego. Debería haber una relación entre Valenti y la desaparición de Townley. Sin embargo, Valenti no podía saber que yo estaba relacionado en modo alguno con Townley. El jugador ni siquiera me conocía. Desde luego que no iba a arriesgar el cuello haciéndome ingresar a la cárcel.

El carcelero regresó con una taza de café. Me la dió a través de las rejas. Tomé la taza y me bebí su caliente contenido. Era lo bastante fuerte para haber derretido un pedazo de cuero. Pero estaba bien. Al menos podía beberlo. Eché una mirada al carcelero mientras lo bebía.

—¿Qué sucedió?

El hombre movió la cabeza con tristeza: —Amigo, se ha metido usted en un gran lío. Golpeó a un policía. Violó los reglamentos de velocidad. Manejaba en estado de ebriedad. Perturbó la paz. Trató de asaltar y golpear a un ciudadano prominente...

—¿No escupí en la acera?

—Está usted bromeando, amigo.

—Estaba bromeando también cuando hice todas esas cosas de que me acusas. O tal vez estaba caminando y conduciendo dormido.

—Ajá. Tenemos algunos testigos.

—¿Con que de ese modo es la cosa, eh, polizonte?

Afirmó con la cabeza. —Así está la cosa.

—¿Cuándo me someterán a juicios?

Vacíé la taza y se la devolví. Me contestó, tan pronto como venga el jefe a su oficina hablará con usted.

—¿Se molesta en venir a su oficina antes de la comida?

—Generalmente viene como a las diez.

Me senté a esperar.

Eran las diez y media cuando finalmente el carcelero me subió a las oficinas. Me condujo hasta una puerta de roble macizo en la que podía leerse en letras doradas: "W. B. Botts", y más abajo, "Jefe de Policía".

—Pásele, me dijo.

El Jefe estaba sentado detrás de un gran escritorio en la ventilada oficina. Era un hombre gordo con aspecto de persona bien alimentada y bien cuidada. También estaba un poco calvo.

Me hallaba como a la mitad del gran aposento cuando me di cuenta de que lo había visto antes, unas cuantas horas atrás. Era el tipo de aspecto tranquilo que estaba en la oficina de Tony Valenti y que apaciblemente se había estado limpiando las uñas mientras los muchachos me aporreaban.

—¿Se siente mejor? — Sus ojos se posaron en el papel para terminar algo que estaba haciendo, luego lo apartó, colocándolo cuidadosamente en una de las esquinas del escritorio. Me miró de nuevo. Nos dedicamos a estudiarnos el uno al otro con entera franqueza.

—¿De cuánto va a ser la fianza que me va a fijar? —le pregunté.

Hizo un movimiento con la mano, como dándome a entender que la cosa no tenía importancia. Tal vez no sea necesario. Dígame, señor, ¿por qué está en este pueblo?

Me hice la pregunta de si quería sacarme alguna cosa. No era dudoso que Tony Valenti estaba pagando bastan-

te por aquella protección y que el jefe no era sino uno de sus asalariados.

Me encogí de hombros. —Renovando antiguas amistades, —dije. —No lo había visitado desde hacía mucho tiempo.

Sonrió suavemente. —Por supuesto. Estuvo en el ejército, ¿verdad?

Lo que me demostraba que habían estado examinando el contenido de mi cartera mientras me hallaba fuera de circulación. Afirmé con la cabeza.

—Tenemos algunos cargos muy serios en contra de usted, señor. Pero he tenido en cuenta sus antecedentes durante la guerra. Esa impresión fotostática de su baja en el ejército. Estudió sus uñas para asegurarse de que ya no necesitaban más pulimento. No vamos a detenerlo. Diremos que el incidente de anoche fue... el resultado de un pequeño malentendimiento.

—Puedo entender su sugestión, —ob-servé.

—Excelente. Creo, entonces, que eso es todo, señor. No se molestó en levantarse. Se echó hacia atrás, cruzó las obesas piernas y tomó el periódico de la mañana. Diviértase en el pueblo. Olvídense de lo de anoche.

Salió de la Oficina algo pensativo. Me sentí intrigado, además.

Todavía estaba allí el enorme carcelero. Me sonrió. Sus llaves están en su coche estacionado allí enfrente. Señaló las escaleras que conducían a la salida del edificio. Hasta luego, amigo, —agregó afectuosamente.

Me fui preguntándome si me señalaría a alguien que tenía la misión de vigilarme. Conduje mi coche directamente al estacionamiento del hotel.

Una buena ducha y un buen desayuno me dejaron casi nuevo. Tenía a dolorida la nuca, pero no había heridas de ninguna especie. El lado izquierdo de mi mandíbula parecía un tanto fuera de lugar y tuve la idea de que la tendría algo rígida durante algún tiempo. El traje de lino blanco quedaría listo con una planchadita. Examiné mis bolsillos para darme cuenta de que tenía todas mis pertenencias. No faltaba nada en mi cartera.

Naturalmente que habían visto mi licencia de investigador privado. Tal vez debido a eso había sido tan le-niente el jefe de policía. O quizá por que logró saber que había estado relacionado en la ciudad con la oficina del Fiscal de Distrito.

Mis dudas empezaron a disiparse, sin embargo, cuando descubrí que ya no se encontraba en mi bolsillo izquierdo el pedazo de papel que contenía el domicilio de Louella Townley. Estaba seguro de que allí me lo había puesto la noche anterior. Entonces empecé a ver mejor.

Cualquiera de los dos, Tony Valenti o el jefe de policía, había encontrado el trocito de papel. Cualquiera podía haber puesto en antecedentes al otro. Y uno de ellos quería saber en qué forma estaba yo relacionado con la esposa de Dave Townley.

Por alguna razón el jefe de policía me había libertado con extrema facilidad. ¿Ordenes de Valenti? Posiblemente. ¿Qué juego se traían? ¿Qué querían? Con el conocimiento de las respuestas de esas preguntas, tal vez se aclararía algo del misterio que rodeaba la desaparición de Dave Townley.

Sonó el teléfono. La voz era agradable y ordinariamente hubiese agradado mucho su sonido. Pero esta vez me sobrecogió. Era la de Velma.

—Tengo que verlo. ¿Puedo ir a su cuarto?

—Sería mejor que no. —le dije rápidamente. —Creo que me están vigilando. La seguirían desde la sala del hotel.

—No estoy en la sala. Estoy arriba, en mi habitación. El piso que está arriba de su cuarto.

—Escuche, duquesa, comencé a decir.

Pero ella me interrumpió: —Voy a bajar, y colgó.

No había pasado ni un minuto cuando llamé suavemente. Entró. Debe haber bajado por la escalera, pues no

oí el ruido de la puerta del ascensor al abrirse o cerrarse.

Velma se miraba tan bien a la luz del día como durante la noche. Sus ojos parecían más claros, pero ahora había una sombra de preocupación en su rostro.

—¿Está bien? ¿No está herido?

—Sólo en mis sentimientos, duquesa. Pasé la noche en la bastilla.

Ella movió la cabeza afirmativamente. —Me enteré de eso. ¿Lo dejaron salir?

—El jefe casi me dió un beso al decirme adiós.

—Debe irse del pueblo. No debe permanecer aquí.

—¿Por qué, duquesa?

Movió la cabeza, negando.

—No me lo pregunte, —dijo tartamudeando. —No lo sé...

Pregunté: —¿Tiene qué ver en alguna forma con David Townley?

Permaneció como extática, y sus ojos parecían dos estanques vacíos. Agregué: —¿Qué sabe acerca de David Townley?

Lentamente movió la cabeza de un lado a otro. Me miró vagamente y luego murmuró: —El también me preguntó acerca de Townley anoche, después de que usted había sido conducido al pueblo. Encontraron un pedazo de papel con un domicilio en su bolsillo. Quería saber si usted había hecho preguntas acerca de Townley. Le dije que no.

—¿Por qué lo preguntó? —quise saber.

—Por favor... —volvió a mover la cabeza. —Le dije que no sabía. Levantó sus ojos y había en ellos una súplica. —Sólo sé que usted está en peligro. Puedo sentirlo. Por esa razón...

—Escuche, nena, —dije tranquilamente. —Estoy en un juego peligroso. Ya estoy habituado a las dificultades. Así que, no se preocupe por mí. —La tomé por los brazos, me di cuenta de que estaba temblando, y la conduje a una silla. —Pero usted puede ayudarme. Cuénteme algo acerca de este Dave Townley.

—Hasta hace como una semana estuve visitando el club de un amigo muy habitual, —empezó a decirme como sin darle importancia al hecho de que me estaba revelando cosas de interés. —Parecía tener bastante dinero. Me enteré de que había perdido cincuenta mil dólares en una noche.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Hace como dos semanas. Pareció que un pensamiento de cautela cubría la superficie de sus ojos. Se puso de pie repentinamente. —Tengo miedo, dijo en voz baja.

Le puse la mano en un hombro. No parecía una mujer a quien se podía asustar fácilmente, pero se notaba que estaba atemorizada. La conduje hacia la puerta. Ella se detuvo.

—¿Qué va a hacer?

—Eso es algo sobre lo que tengo que meditar cuidadosamente, nena. Pero no se preocupe por el pequeño Steve... Recordé algo. ¿Usted vive aquí en el hotel?

Me dió el número de su cuarto en el piso de arriba y luego se fue.

Pensé que Louella quizá podría darme alguna información adicional. No necesitaba el domicilio que me había dado en Chicago el día anterior. Lo tenía almacenado en mi mente. Saqué mi coche y de nuevo me dirigí al lago.

Su cabaña estaba en el lado más lejos del lago y el camino que conducía hacia allá no pasaba por frente a Los Robles, cosa que agradecía sobremanera. Era un día caluroso y lleno de calma. Alguna gente andaba por allí sobre las aguas paseando en bote pequeño. Otros estaban pescando. Junto a la orilla, frente a las cabañas, otros se dedicaban a nadar.

Pronto encontré la cabaña de Louella, que resultó ser una casa pintada de verde y blanco y rodeada de enormes abetos. Se veía muy cómoda y muy fresca. El camino angosto por donde iba pasaba por detrás de ella. Estacioné mi coche en un pequeño pasaje que conducía al garage de la casa. Una serpenteante vereda conducía por entre los arriates del jardín

hasta el frente de la cabaña. Me paré frente a la puerta interior y grité: —¿No hay nadie en casa?

No obtuve respuesta. Todo parecía estar sumido en la más profunda calma.

Todavía podía oír una que otra voz viniendo de rumbo del lago. Permanecía todavía de pie, observando, cuando escuché unos pasos detrás de mí. Era la negrita de cutis ambarino. Tenía los ojos somnolientos.

—Oh, —exclamó. —Sus ojos eran muy blancos en el marco imperturbable de su rostro. La señorita Louella lo ha andado buscando.

Señaló rumbo al agua. —Está buscando. ¿Tuvo un buen viaje?

—Excelente, —dije.

—¿Le gustaría tomar alguna cosa mientras los espera, señor Morgan?

Moví la cabeza. —Creo que voy hacia allá, —dije. Puse mi sombrero sobre un columpio de vívidos colores y me dirigí hacia la orilla.

Una senda angosta descendía por la suave pendiente. Me condujo a una especie de andén de madera, muy largo y angosto, que llevaba a un muellecito y algo así como a un trampolín. Un hombre y una mujer acababan de salir del agua. Parecían estar contemplando a alguien que nadaba a cierta distancia de la orilla. El hombre se dió vuelta al escuchar mis pisadas sobre las tablas del andencito. Se puso de pie inmediatamente.

—¡Steve Morgan! —exclamó, sorprendido. Se acercó a mí y me estrechó la mano con efusión.

Era un hombre alto y delgado, de piernas nudosas y un pecho bastante enjuto. Pero su bigote negro y bien cuidado se veía en condición excelente. Recordé que se llama Sheldon Patterson y que era presidente de una de las agencias de anuncios más grandes de Chicago, la llamada Patterson, Martin y Thomas.

—Louella nos dijo que usted le había telefonado ayer en la ciudad. ¿Qué está haciendo ahora?

—La misma clase de negocios.

Se dió vuelta. La mujer que se dirigía hacia nosotros era su esposa. Patterson dijo alegremente. —Elsie, ¿recuerda a Steve Morgan?

La mujer movió la cabeza afirmativamente. —Ya lo creo! ¿Cómo está usted? —Me ofreció una mano fuerte y huesuda. Tenía buenas piernas pero allí terminaba todo. Hay muchas mujeres de ese tipo. El resto de ella era demasiado flaco y demasiado enjuto. El color de su piel era tan oscuro como el de una nuez y hacía juego con el color de sus ojos. Compensaba lo que faltaba a su figura con algo que se le salía de los ojos vigilantes e inquisitivos; le gustaban los hombres. Era más joven que su marido.

—Louella nos dijo que era probable que usted viniese por aquí, —me dijo. —¿Tiene donde quedarse? Hay bastante sitio en el lugar donde estamos nosotros.

—Estoy en el hotel, —le dije.

—Oh, exclamó.

Patterson había estado mirando hacia el lago. —¡Mirela, nada más!, exclamó, arrojándome una mirada. ¿Qué si puede nadar!

Seguí la dirección de su mirada. Fu de ver una cabeza cubierta con una gorra blanca sobre el agua, a poca distancia de la orilla y unos brazos que se movían rítmicamente. La figura se iba aproximando a la orilla del muelle.

Momentos después Louella sacaba la cabeza y lanzaba un grito al verme.

Aumentó la velocidad de sus brazos y empezó a moverse sobre el agua con brazadas poderosas. Pronto la vimos que trepaba por el muelle. Corrió a cogerme de las manos.

—¡Steve! —exclamó, —déjame mirarte.

—Deberíamos organizar una fiesta, —dijo Elsie Patterson.

—Pero no lo dejaré escapar, —exclamó Louella riendo.

—¿Qué le parece si la hacemos esta noche? —me preguntó Elsie. Había una expresión curiosa en sus ojos y no pude imaginarme qué fuera.

—Seguro, viejo, —terció su esposo. Esto exige una celebración. Y será esta noche.

Regresamos a la casa de Louella y ya allí, Clarabella, nos sirvió unas bebidas. Poco después Patterson y su esposa nos hicieron saber que ya se iban.

Patterson nos dijo el motivo: —Tenemos que ir preparando las cosas.

La doncella se alejó, dejando a nuestra disposición una cocktelera casi llena sobre la mesita del centro. Louella todavía conservaba puesto el traje de baño de dos piezas. Se me quedó mirando, con una expresión seria ahora.

—¿Cuándo llegaste?

—Vine anoche en mi coche.

Eché una mirada a nuestros vasos vacíos. —Puedes servir otro cocktail. ¿Averiguaste algo?

—¿Acerca de Dave?

—Desde luego.

—Todavía no.

Se mordió los labios. —Quisiera saber alguna otra cosa que comunicarte. Le pregunté: —¿Debia Dave algún dinero? ¿Deudas de juego, por ejemplo?

—No; tenía bastante dinero. Puso el vaso sobre la mesa y me miró rápidamente. —Oh, ya veo. El hombre que te describí. El que vino a verlo aquí aquel sábado. Te dije que estaban discutiendo. Pero no creo que haya sido sobre deudas. Dave siempre pagaba sus facturas.

—¿Conoces a un tal Tony Valenti?

Negó con la cabeza.

Agoté el contenido de mi vaso y me puse de pie. —Bueno, tal vez será mejor que eche una ojeada por allí.

—¿Vas a quedarte a comer, querido?

—Sería mejor que no. —Señaló hacia la parte posterior de la casa. Es bastante inconveniente que esté aquí tu doncella. La dejé interpretar eso como mejor quisiera.

Louella dijo rápidamente. —No te preocupes por Clarabella. Es más lista de lo que crees. Quédate, por favor.

Sus grandes ojos grises adoptaron una expresión lánguida y peligrosa. Echó su cabeza rubia hacia atrás y me arrojó una mirada...

—Mira, nena, —traté de explicarle. O trabajo o juego. No pueden ser las dos cosas al mismo tiempo. Creo que por ahora será mejor que trabaje.

La expresión de su rostro cambió. Pareció como que iba a decir alguna cosa áspera, pero luego se decidió por otra cosa. Pero irás a la fiesta esta noche, ¿verdad? Elsie y Sheldon son tan simpáticos...

—Supongo que tendremos que ir.

Me siguió hasta el pórtico resguardado con una tela de alambre. —Creo que ya has averiguado algo acerca de Dave. ¿Por qué no me lo cuentas, Steve?

—Quizá tenga algo para hoy en la noche.

Dí vuelta a la casa para subir a mi coche. Retrocediendo hacia el camino del lago, vi que se movía la cortina de la cocina ligeramente. Debería haber dejado a Clarabella por allá en Chicago.

#### CAPITULO IV

Marchaba lentamente por la carretera de regreso al pueblo cuando me di cuenta de que un coche me había estado siguiendo. Me hizo compañía hasta el mismo hotel donde me hospedaba.

Estacioné el coche y marché directamente a mi habitación. Pero antes de hacerlo, me dirigí a una ventana que se hallaba en la parte de enfrente del salón del hotel y me asomé cautelosamente. El coche que me había estado siguiendo, un sedán negro y grande, estaba estacionado al otro lado de la calle junto a una toma de agua contra incendios. No pude ver quien estaba detrás del volante. Bajé nuevamente y crucé la calle en dirección al coche que me seguía.

Eran los tipos que trabajaban con Valenti. El ex-pugilista se hallaba detrás de la dirección. El rubio de los ojos azules estaba sentado a su lado. Puse mis manos sobre la portezuela y me incliné para mirarlos.

Jorge dijo. —Mira nomás, si es Miguel. Qué mundo tan pequeño, ¿no?

—Siento mucho tener que decepcionarlos, caballeros, —les dije.

Los ojos de Jorge reflejaron una expresión de intriga. —¿Cómo dijo, Miguel?

—No lo he encontrado todavía. Pero se lo diré tan pronto lo haga.

Ninguno de los dos dijo nada. Los dos me arrojaron una mirada indefinible. Sonrei y regresé al hotel. Cuando llegué a mi piso me asomé de nuevo por la ventana. El coche había desaparecido.

En mi cuarto encontré una notificación de que había recibido un mensaje telefónico. La notita decía: "Por favor llame a Midland 817". El sello de recepción indicaba que el mensaje se había recibido hacia cinco minutos apenas.

Era una llamada de cambio local y le dí el número a la muchacha del conmutador.

—¿Deseaba hablar conmigo? —pregunté, una vez que me habían comunicado.

—¿Stephen Morgan?.

—Correcto.

—Habla Elsie Patterson.

Fruncí el ceño. El tono de su voz no era el mismo que cuando lo había oído allá en el lago.

—¿Sí? Inquirí.

—Sólo dispongo de un momento. Sheldon regresará pronto. Su voz sonaba como las de un disco que se está tocando a una velocidad mayor de la indicada. Usted conocía a David Townley, ¿verdad?

—Ligeramente, —contesté.

—Entonces usted puede ayudarme.

—No entiendo...

Me interrumpió: —Usted es detective privado, ¿no?

—¿Sí?

—Bueno, entonces tengo que decirselo. Es terriblemente importante. Lo veré en la fiesta esta noche.

Yo dije: —Digamelo ahora y los dos pasaremos una tarde más tranquila.

—No puedo. Sheldon escapaz de... —se escuchó un sonido como si hubiese dejado de respirar, luego su voz muy baja ahora, pareció terminar el asunto con precipitación: —Lo oigo que viene. ¡A la noche, no lo olvide!

La comunicación acababa de interrumpirse.

Louella quería saber si su esposo estaba muerto o vivo. Tony Valenti parecía saber algunas de las respuestas y se las estaba reservando, esperando los acontecimientos. Y ahora Elsie Patterson, mujer de sociedad bastante ambiciosa, estaba profundamente interesada en el paradero de Townley.



Un coche me había ido siguiendo. Me siguió hasta el pueblo.

Cogí nuevamente el teléfono e hice algunas llamadas a Chicago. La oficina de recaudaciones internas estaba cerrada con motivo del medio día de fiesta, pero finalmente logré dar con Bill Hendricks en su casa del Parque Roble. Bill era un viejo amigo. Tenía varios hermanos, todos ellos trabajando por allí, en la ciudad. Uno tenía algunas conexiones con la oficina central del Jefe Storm.

Le dije a Bill lo que deseaba. —Si existe alguna posibilidad, me gustaría saberlo esta misma noche, —le dije. Sé que es pedir demasiado, muchacho.

—Tal vez pueda lograrlo por teléfono, —me dijo. Haré la prueba.

Le dí el número de mi cuarto y el nombre del hotel. Había muy poco que hacer sino esperar. Hice que me subieran a mi cuarto un emparedado y una botella de cerveza, pedí algunos periódicos, envié mi traje de lino con el botones para que me lo plancharan y luego me tiré en la cama con los periódicos. A las seis de la tarde me despertó la campanilla del teléfono.

Era Hendricks que me llamaba desde Chicago. Logré conseguir todo lo que pude, —me dijo.

—No soy muy exigente, —le aseguré.

—No puedo saber lo que hayas hecho. ¿Estás hablando de Dave Townley?

—Sí... Entré en contacto con la gente precisa y creo que los datos son dignos de crédito. El tipo ese está en banarrota, Steve. Casi todo se fue por el drenaje en la compra de acciones tonas. Sin embargo, ha estado guardando las apariencias.

—¿Sabe alguien dónde se encuentra?

—No. Pero seguiré sosteniendo la línea por ti, Steve. —¿Puedo comunicarme contigo allí a fin de semana?

—Probablemente. Si no estoy, déjame algún mensaje y te llamaré luego. Muchísimas gracias.

Aquella noche, como a las nueve y media, Lou y yo nos pusimos en marcha hacia la casa de los Patterson. No creí oportuno contarle lo que me habían informado desde Chicago. Para cuando nos subimos al coche ella despedía más fulgores que un faro. No fue necesario que me preocupara. Cuando llegamos nos dimos cuenta de que todos estaban saltando de alegría.

El lugar era bastante grande, situado en una suave inclinación de terreno cubierto de pasto y rodeado de una hermosa arboleda. Al final de la pendiente se hallaba un embarcadero y un pabellón. Cuando llegamos un tipo de aspecto eficiente nos quitó el coche y lo llevó a estacionarlo en algún lugar.

El patio había sido adornado con lámparas de aspecto muy alegre y los

invitados estaban sentados aquí y allá. Dentro de la residencia de piedra una orquesta desgranaba melodías ruidosas de baile moderno.

Louella dijo: —Será mejor que entremos primero y saludemos, aunque probablemente ni siquiera se den cuenta de que estemos por aquí.

—Realmente se dieron maña para prepararlo todo en tan corto tiempo.

Nos encontramos con varias personas que salían y entraban y después con Patterson, nuestro anfitrión. Lo vimos maniobrando a través del amplio salón de descanso de la casa como barco que marcha en contra de fuertes vientos. En ese momento nos vio. O tal vez solamente vió a la esbelta y gloriosa Louella.

Se llegó hasta nosotros, hizo una reverencia y dijo: —Está usted encantadora, ofreciéndole su larga y huesuda mano.

Con preocupación Lou, se quedó mirando la copa que parecía caerse de su mano. Después le dirigió una sonrisa. Sheldon, se acuerdo de Steve, verdad? Se volvió a mí y me sonrió.

Se me quedó mirando con un gran esfuerzo. Llevaba un traje de deportes y no era un tipo mal parecido, pero se veía demasiado pálido. Me extendió la mano.

—Mucho gusto en conocerlo, viejo, —me dijo. Tengo dudas de que nos haya reconocido a cualquiera de los dos. Hizo una señal con la mano hacia uno de los cuartos que estaban detrás de él. Vayan a tomar alguna cosa. Ya regresaré. Guifó un ojo, como quien trae algo muy importante entre manos. —Tengo por aquí un futuro cliente y, amigo, está borracho de tal modo! —Se alejó bamboleándose y cruzó la sala del salón.

Me le quedé mirando mientras se alejaba y dije: —Pues él no parece estarlo haciendo tan mal. Lou afirmó con la cabeza y parte de su pelo se doyo me tocó la cara. Comenzaron muy temprano. Entiendo que tuvieron una fiesta en la tarde. En esos momentos apareció una doncella y se llevó la copa de armijo de Louella y mi sombrero. Esperamos hasta que había desparecido. Sheldon nunca bebe durante los días de trabajo. Es muy listo. Todo un vendedor y con gran poder de exhibición. Quizá tenga aquí esta noche a un futuro cliente.

Sheldon hará que le firme cualquier cosa, borracho o no.

—Un buen negocio.

Todos los inmensos cuartos habían sido desocupados para que se pudiera bailar en ellos libremente. En uno de los extremos estaba la orquesta y en el otro una larga mesa con piscobalab. Dos meseros se encargaban de servir las bebidas. Vi que Elsie Patterson estaba por allí cerca platicando con varias personas. Nos vió, se paró de sus invitados y se dirigió a nosotros.

—Hola, muchachos, —exclamó elegantemente. Se veía elegante, bien cortada y cara. Steve, deseo presentarle a esta gente. Les he estado contando cosas acerca de usted. Me cogió del brazo, agregando: —Venga.

Era una ordalla, sin lugar a dudas. La señora Patterson hablaba que era un contento y yo lamentaba haberme dejado atrapar en una cosa así. Traté de recordar algunas caras pero no lo logré. Creo que no podía haber sido de otro modo con la flestecita aquella.

Después de un rato llegaron más invitados. Elsie no podía excusarse y tuvo que recibirlos. Yo había estado tratando de escapar del "querida tengo mucho gusto en presentarte", con el objeto de poder hablar con ella a solas. Quería oír el resto de su llamada telefónica. Pero había demasiada gente cerca.

Se dió maña, sin embargo, para deslizar una palabra antes de disponerse a cruzar la sala. Habló con rapidez y en voz baja. Le haré una señal en la primera oportunidad que se me presente. Tal vez podamos vernos en el patio.

En algún lugar del camino se me perdió Louella. Di algunas vueltas, me salí de la casa y me dirigí al patio.

Contemplé grupos de mujeres bien vestidas y muy atractivas tratando de impresionar a los hombres y a varios jóvenes bien vestidos y de aspecto inteligente tratando de impresionar a las mujeres.... Las pequeñas observaciones, las miradas de reconocimiento, los odios y los celos que ponen en acción a la gente. Durante todo este tiempo estaba deseando y esperando saber alguna otra cosa de Dave Townley.

Vagaba por un jardín y regresaba a una terraza amplia y larga que daba a unas ventanas francesas, cuando volví a ver a Elsie Patterson. Estaba hablando con un hombre de saco blanco. Estaban solos. Todos los demás estaban dentro o por el lado más alejado de la casa, el patio. Unos arbustos altos me ocultaban parcialmente de Elsie y su acompañante. El pasto había ahogado efectivamente mis pisadas. No que yo hubiese tenido la idea de andar flogoneando.

El era el caballero esbelto de los ojos de fuego y el mechón de pelo gris en la cabeza. ¡Tony Valenti, el jugador!

Me hallaba como a unos diez metros de distancia. Si hubiera sido posible el que me aproximara un poco más... Entonces resultó demasiado tarde.

Elsie se dirigió hacia una de las ventanas francesas y entró a la casa. Valenti esperó un rato, luego descendió los tres escalones de la terraza y desapareció con rumbo al patio.

Pero la escena mayor estaba todavía por suceder, descubrí más tarde. Fue afortunado que vacilara por unos momentos antes de salir de las sombras. Otro hombre acababa de aparecer en el pórtico. Había estado escondido en el extremo más alejado, oculto por la sombra del edificio. La luz que brotaba de una de las habitaciones iluminó claramente su rostro delgado, que parecía dibujado con trazos rudos y amargos. Y no se veía más borracho que yo. Su actitud, en extremo alerta, estaba sellada por una profunda rabia. Era nuestro anfitrión Sheldon Patterson. El acto que había representado cuando nos encontramos en la sala, había tenido un propósito bien definido.

CAPITULO V

Louella me andaba buscando cuando llegué al patio. Parecía sentirse muy a gusto y muy emocionada. Me tomó del brazo y me dijo: —Cómprame una bebida, querido. Perdóname por haberte dejado así. Todo mundo quería bailar conmigo. Me apreté el brazo. —Ahora estoy libre. —No voy a perderte de vista ni un solo momento. —¿Es esa una amenaza? —Hablas como una esposa.

La expresión de sus ojos cambió y me arrojó una mirada rápida. —¿Te, nías que decir tal cosa?

Sus palabras podían significar un montón de cosas. Deseo que significaran lo que estaba pensando. Murmuré: —Lo siento, corazón, — y la conduje hacia una mesa alejada del cuarto de instrumentos de cuerda que trataba de competir con la charla de todo el mundo.

La alegría de Louella regresó con la misma rapidez con que había desaparecido. Hizo una señal a uno de los meseros tan pronto como dimos con una mesa.

—Aquí debe ser muy agradable... —empezó a decirme. Sentí que sus dedos apretaban con fuerza mi brazo. Sus ojos grises estaban fijos en una mesa que está frente a la nuestra.

Seguí la dirección de su mirada. Era Tony Valenti. ¡Ese hombre...! —exclamó quedamente y luego se interrumpió.

—Ya lo sé, —le dije. —Es el que vino a ver a tu esposa aquel sábado.

—Sí! —Examinó la expresión de mi rostro brevemente con sus ojos inquietivos. —¿Cómo lo conociste?

—Nos presentaron anoche. ¿Te gustaría conocer a la mujer que le acompañaba? También me la presentaron a ella.

Velma, la cantante de pelo de plata, estaba haciendo compañía al astuto jugador. Tenía la certeza de que me ha-

bía visto. Estaba tratando de acaparar toda su atención por medio de su conversación. A él todavía no se le había ocurrido mirar a través de la porción vacía del patio que nos separaba.

Louella parecía estar luchando por controlar cierto sobresalto. Sus dedos seguían presionando sobre mi brazo. Pero casi al instante dijo: —Muy bien. Nos acercamos a la otra mesa. Tony se portó bien. Muy cortés. Presenté a las dos mujeres y las observé medirse y pesarse con una sola mirada. Luego presenté a Valenti.

Yo dije: —Tengo mucho gusto en volverlo a ver, y él me contestó: Gracias. Y muy por dentro de sus ojos pude ver una expresión vigilante y fofalina.

—Tengo la idea de que usted conoce a mi esposo, —estaba diciendo Louella y no pude menos de admirar su valor al decirlo, esperando una reacción del jugador que le revelara alguna cosa.

—Sí, creo que sí, —dijo él en forma absolutamente inocua. —De vez en cuando visita mi establecimiento.

Me dí cuenta de que no estaba bebiendo.

Regresamos a nuestra mesa donde nos estaba esperando un mesero. Lou me cogía fuertemente del brazo. Temblaba casi violentamente.

Al sentarse, respiró profundamente. ¡Qué ojos los de ese hombre! El sabe algo, Steve. ¡La forma cómo lo vigilan a uno sus ojos!

—Tal vez sólo te estés imaginando...

—No! Pude leer algo en sus ojos, Steve, me llena de terror.

Yo quería encontrar a Elsie Patterson. Tuve esa oportunidad unos momentos más tarde. Alguna gente se acercó a nuestra mesa y una de las mujeres dijo: —Allí está Louella! Mira, hay alguien aquí a quien quiero que conozcas.

Le dije a Lou que la vería dentro de unos cuantos minutos, y pidiendo perdón me dirigí rápidamente hacia la casa. La suerte me ayudó. En ese momento Elsie salía al umbral y me miraba. Había algunos columpios acogidos en la terraza y varios estaban situados en lugares sombreados. Señalé uno y allí nos reunimos.

—Es la primera oportunidad que tengo, —me dijo ella, sentándose en el borde del columpio. Luego, sin demora alguna, me dijo con precipitación: ¡Es acerca de Townley.

—¿Por eso me llamó al hotel?

—No pude acudir a ninguna otra persona. Y apenas fue anoche que unas cosillas insignificantes que sucedieron me puso a pensar.

Puse mi mano sobre la de ella para inducir a que se detuviera por un

momento. Se está emocionando mucho, le advertí. En efecto estaba temblando. —Trate de decirme con más claridad.

—¡Es tan horrible! dijo entrecortadamente.

—¿Lo de Dave, quiere decir?

—Sí, lo de Dave. Fíjese que... —Me miró rápidamente, los ojos llenos del terror que parecía sobrecoger su mente. Primero, déjeme explicarle una cosa. Dave y yo salimos juntos algunas veces. Sheldon lo averiguó. Por esa razón no puedo acudir a él, si lo hago, sabrá que estuve con Dave aquella noche, la noche en que...

Quería pedirle que me dijera lo que tenía que decir, pero esperé pacientemente. Estaba bastante emocionada.

—La noche... comenzó de nuevo.

—Sí!

Se cogió de mi brazo como si fuera a desmayarse. Su voz tirante se convirtió en un murmullo. Dave... está muerto! ¡Lo sé!

Precisamente en esos momentos un grupo de personas salió por una de las puertas de la residencia. Relan ruidosamente y aparentemente buscando alguna cosa. Una de las mujeres vió a Elsie y se lanzó a ella con estas palabras.

—¡Vamos a organizar un maratón de natación!

—Con premios en efectivo, —añadió otra de las mujeres. —Los hombres han formado un equipo. Van a nadar hasta el embarcadero de Anderson, que está más abajo. Hay un premio para las mujeres también. La que estaba hablando cogió por un brazo a la señora Patterson y la puso de pie.

Elsie era una anfitriona excelente. Al momento se adaptó a la idea que le acababan de proponer. Se puso de pie riendo y protestando, yo no soy muy buena nadadora, realmente.

—Entonces, puede ayudar a seleccionar a los triunfadores... Algunos de nosotros nos vamos a colocar en unos botes con lámparas eléctricas para iluminar la ruta de los nadadores.

Llevándose a Elsie por delante, se lanzaron al patio en búsqueda de más suscriptores. Una mujer y su acompañante se me quedaron mirando y la mujer exclamó: Oigan, miren a éste! ¡Con semejante estructura tiene que llevarse el primer premio!

El hombre dijo: —Muy bien. El es nuestro candidato. Pondré diez dólares de su nariz.

No había oportunidad para zafarme de ellos. Dije: —me miró muy chistoso sin calzones de baño.

El tipo que se había propuesto para promover mis intereses, me dijo: —No se nos va a escapar tan fácilmente, amigo. Hay baúles llenos de calzones por allá arriba en el cuarto de Sheldon! Venga con nosotros!

La orilla del lago gozaba en esos momentos de una atmósfera de carnaval.

Los que no podían o no querían nadar sostenían luces de mano y estaban subiendo a unos botes en remo. Alguien había encontrado hasta algunas linternas. La meta, que venía a ser el embarcadero de otra propiedad, no era otra cosa sino una sombra más en la oscuridad que parecía llenar completamente la noche.

El joven que se había convertido en mi gerente tenía más suerte que buen sentido. Tengo trescientos dólares en usted, Morgan. Si gana, nos partiremos esa suma.

—Haré la tentativa, le prometí.

Vi a Louella. Vestía traje de baño, pero se cubría con una bata y me pregunté si también andaría mezclada en aquella locura. Luego me envolvió un grupo y la volví a perder de vista.

Fue entonces cuando llegó el momento de iniciar la absurda competencia. Comenzaron las mujeres. Las linternas eléctricas nos mostraron sus brazos y piernas en movimiento, pero pronto se perdieron en la oscuridad. Por allá en la oscuridad, los pequeños rayos luminosos de las lámparas brillaban de vez en cuando como faros enloquecidos.

Algún tiempo después se escucharon algunos gritos hacia el rumbo de la propuesta meta y aparentemente terminó la carrera de las mujeres.

Luego vino la de los hombres. Eramos seis. Pronto nos separamos por razón de que los botes de remos estaban ahora diseminados por medio lago.

Antes de lanzarme al agua, procuré orientarme en línea recta hacia la meta situada en algún lugar de la profunda oscuridad. Tenía la esperanza de que nadaba en línea recta hacia ella.

Así fue como gané la descabellada competencia. No porque nadara mejor que los demás, sino porque no estaba tan borracho como ellos. Dos hombres que esperaban en la meta, me ayudaron a subir al embarcadero. Las nadadoras habían ido a vestirse a la casa de los Patterson.

Otro de los concurrentes llegó al poco tiempo, pero todos los demás se habían desviado hacia quién sabe dónde. Con las linternas eléctricas tratamos de orientarlos.

En esos momentos pudimos oír el grito terrible y angustiado de una mujer. Salió de la noche como el destello de un relámpago.

—¡Dios mío! exclamó uno de los tipos que estaban conmigo en el desembarcadero.

Un bote surgió en medio del cono de luz de una de las linternas. Se balanceaba notablemente, pues una mujer se inclinaba sobre uno de sus costados tratando de sacar alguna cosa del agua. Sus esfuerzos no parecían obtener ningún resultado.

—¡Oh, Dios mío, —reptó el hombre que se hallaba junto a mí.

Todavía no completaba su exclamación cuando yo me había arrojado al agua. No me tomó más de dos minutos llegar al bote. La mujer que se hallaba arrodillada en el bote, luchando por sacar algo del agua, parecía estar medio histérica. Me acordaba haberla visto, pero no recordaba su nombre. Me subí al bote por uno de sus extremos a fin de no volcarlo por completo, me acerqué a la mujer y la hice a un lado.

Hágase al otro lado, para que no se nos volteé el bote! Le ordené, tratando de hacerla razonar. Cogí un montón de pelo al dejarme a cuidado de la figura que estaba en el agua. Mientras ella equilibraba un poco el peso del bote, me incliné sobre la borda del bote y metí en él a la figura aquella.

Era Elsie Patterson. Sus ojos estaban cerrados. Siendo muy delgada resultaba fácil de manejar, aunque no es fácil hacerlo con un cuerpo muerto. Comencé a impartirle alguna ayuda, mientras la otra mujer trataba de desesperadamente de maniobrar con los remos.

Casi en el mismo momento llegaron otros botes. Un hombre se reunió con



Yo me estaba arrojando al agua mientras él lo decía...

463  
nosotros y se hizo cargo de los re- mos... ¡Acérquese al desembarcadero!, le ordené. ¡Aprisa!

La coloqué boca abajo y comencé a darle respiración artificial.

Elsie estaba muerta. No había duda de que se había ahogado. Y mucho antes de que llegara el examinador médico local y permitiera que el cuerpo fuera trasladado, yo había notado algo en la figura demasiado delgada de Elsie. Tuve la certeza de que había sido asesinada.

—Un accidente horrible, —estaba diciendo el Jefe de Policía Botts con la entonación adecuada de conmiseración.

Sí, allí estaba él, arrojándome aquella mirada clínica que había usado en la central. Yo ya me había vestido. Le acompañaban un par de policías del pueblo. No parecían muy inteligentes.

—¡Accidente un diablo! —exclamé.

Estábamos reunidos en la biblioteca de la casa de los Patterson. Elsie había sido colocada en un diván de piel y había sido cubierta por entero con una blanca sábana. Tal vez había como una docena de gentes en la habitación. Los otros habían sido alejados al cerrarse las puertas.

Todos me estaban observando cuidadosamente. La hermosa Louella estaba entre ellos. Ya me había enterado de que ella no había concursado en la carrera de las mujeres, a pesar de que llevaba traje de baño y una gorra blanca. Había estado en los botes de remos ayudando a guiar a los nadadores. Se me quedó mirando y dijo con voz entrecortada. —¡Steve! ¡No puede decir eso en serio!

Yo moví la cabeza afirmativamente. El Jefe Botts plantó su obeso cuerpo enfrente de mí. Sería mejor que explicara lo que acaba de decir, señor.

—No era muy buena nadadora, —observé. Tuve la oportunidad de verla esta mañana.

—Pero ella no estaba nadando esta noche, al menos no lo hacía en el concurso, dijo quedamente el Jefe de Policía, con voz que él creía que era comedia. Ya se nos ha informado sobre eso. Tal vez se emocionó mucho y se cayó de uno de los botes. Estaba sola por allí...

—No sea necio! exclamó. —Alguien pudo retenerla debajo del agua.

El examinador, un hombre corpulento y tranquilo que usaba espejuelos, había estado escuchando. Intervino con lo siguiente: Naturalmente, yo no dejo nada a la casualidad. También pensamos en esas cosas, mi buen hombre. Pero no hay marcas en su garganta que muestren que hubo lucha de ninguna especie.

—Pero hay marcas en sus tobillos, —dije yo ceñudamente.

El examinador asintió. Marcas causadas por las cintas de sus sandalias. Ya las ví.

—¿Fueron causadas por eso, de veras? pregunté.

Nadie contestó.

Un hombre no había intervenido en la conversación. Había estado apartado del grupo, rígido, con una expresión de dolor en su cara delgada. Él, también vestía calzones de baño, sobre los cuales se había puesto una bata. Era flaco como un cerillo. Era el esposo de Elsie, Sheldon Patterson. Hablaba por primera vez. Su voz parecía quebrarse y se veía que hacía un fuerte esfuerzo por controlarse. —¿Qué es exactamente lo que quiere decir con eso, Morgan?

—Quiero decir: —dije con dureza, que alguien cogió a su esposa y la retuvo en el agua asfendola por los tobillos hasta que se ahogó. A propósito, Patterson, añado, ¿dónde estaba usted durante todo ese tiempo?

Me miró como si hubiese querido golpearme. Pero finalmente dijo: Estuve con ella en el bote. Estaba perfectamente bien cuando la dejé...

—¿Cuándo la dejó?

Sus ojos despidieron chispas. Tommy Engles me llamó a su bote a tomar una copa. Me vino a la mente la figura del borracho que había estado agitando su botella en la carrera de los hombres. Nadé hasta donde estaba.

Temía que le fuera a pasar alguna

cosa. Luego llevé el bote hasta el desembarcadero. Acabábamos de llegar allí cuando... Amy gritó.

Intencionalmente dije: —Supongo que Engles puede verificar lo que usted está diciendo.

Casi me contestó con burla. Tommy se durmió y usted lo sabe. No recordará cosa alguna.

Yo recordaba las palabras rápidas de la señora Patterson, creo que sé quien mató a Dave Townley. Y luego aquella cita secreta con el jugador, Tony Valenti, y la expresión de su esposo al observarlos.

Alguien sabía que Elsie sospechaba alguna cosa. Debido a eso estaba muerta! Tenía que ser asesinato!

La cosa siguió así por una hora más, pero no se obtuvo resultado alguno. Finalmente Patterson dijo tranquilamente: —Jefe, me permite usted... Se veía enfermo. Estaba señalando hacia las puertas cerradas.

Botts dijo: —Quiero a todo mundo por aquí mañana para la pesquisa judicial. Se dió media vuelta y me miró, sonriendo. Eso lo incluye a usted también, señor. Patterson abandonaba el cuarto en esos momentos, murmurando temblorosamente: —Hay tantas cosas que hacer. Tengo que tomar medidas para que...

Tomé a Louella del brazo y partimos. Todavía se estaban haciendo algunos interrogatorios, mientras la policía se encaraba con algunos de los otros huéspedes. Iban partiendo uno por uno.

Pregunté a Lou: —¿Qué paso con Tony Valenti?

—Se fue en compañía de la cantante. La llamada Velma.

—Antes de que sucediera?

—Estoy bastante cierta de que así fue. Pero era difícil ver lo que hacían todos.

—Te llevaré a casa, —le dije. Descendíamos por la escalera cuando Lou, mirándome de reojo, me preguntó: —Luego, ¿adónde piensas ir? —No dije que...

No contesté la pregunta hasta que hallamos al tipo que había estacionado nuestro coche. Nos tomó como cinco minutos toda la maniobra. En el momento en que subíamos salió otro coche. Su origen era el garage que se encontraba en la parte de atrás de la residencia. Hice una pausa, con un pie en el estribo, observando.

Patterson se hallaba detrás del volante, solo. Pude echarle una mirada a su cara. Sus facciones parecían de piedra, igual que el propósito escondido que lo gulaba.

Ya me lo esperaba, dije, pensativamente. De cierto que se vistió muy deprisa.

—¿Qué quieres decir, Steve?

—Va en busca de dificultades. Va a ver a Tony Valenti.

Louella sostuvo la respiración al cogerse de mi brazo. —¿Ese hombre de nuevo?

Lou quería hacerme más preguntas, pero las pasó por alto. Deberías cubrirte con alguna cosa. ¿Dónde está tu ropa?

Ella señaló la casa de los Patterson y pareció estremecerse. Sus muslos tostados, desnudos, brillaban con la suave luz del tablero. —No quiero regresar a esa casa esta noche, —dijo. —Llévame a casa. Allí me cambiaré de ropa.

—Tú vas a quedarte en casa, nena, —le dije.

—¿No me llevas contigo?

—Ajá.

Pronto llegamos al pasaje de su casa. La noche estaba llena de paz. Serían como las dos de la mañana. Louella parecía una diosa de bronce con la ajustada gorra de nadar. Se inclinó hacia mí por un momento. —Por favor ten cuidado, querido. Si te llega a pasar algo...

Había ocasiones en que era necesario ser romántico, pero esta no era una de ellas. Yo estaba pensando en Patterson.

—Nena, le dije. Cada vez que pienso en la pobre Elsie... Moví la cabeza, la ayudé a salir del coche y la besé porque eso era lo que quería. Le quité la gorra de baño y dejé que su cabello cayera sobre los hombros. Metí mis dedos en su pelo a tiempo que la atraía hacia mí y volví a besarla con intensidad.

—¡U! exclamó, mirándome con fiereza. Lancé mi coche a toda velocidad porque me era precisa alcanzar a Patterson.

## CAPITULO VI

Patterson debe haber llegado a la oficina de Valenti en Los Robles solo unos momentos antes que yo. Estaba allí cuando yo crucé el alfombrado pa sillo y parecía estar completamente solo. Por primera vez, los guardaespaldas de Valenti no parecían hallarse presentes. Sheldon debe haber sorprendido al jugador sonándose la nariz. Macilentó y livido, Patterson sostenía una automática en su mano derecha, de pie frente al escritorio de Valenti y él era el que estaba hablando. Me acerqué a la puerta e hice alto. No me habían oído.

Patterson decía en esos momentos: —¿Tiene que decirme qué demonios está pasando, Valenti! ¡No se piense que no lo vi hablando con mi esposa en la terraza esta noche! Ya sabía yo que andaba saliendo con algún hombre. La voz de Valenti sonó impresionada.



La cogí por sus hermosos hombros.

da, pero tranquila. Es un necio, Patterson...

—¿Qué tenía usted sobre Elsie? ¿qué sacó de su cuenta personal la cantidad de veinticinco mil dólares apenas unas cuantas semanas?

Valenti se puso de pie con una expresión de dureza en su rostro y sus ojos negros echando chispas. Estaba arriesgándose demasiado al exponerse a recibir un balazo. Pero yo sabía que Patterson no dispararía todavía. Tenía algo más que decir... y yo quería oírlo.

Pero fue el jugador el que dijo: —Ella sacó ese dinero del banco para ayudar a Dave Townley. El era un hombre con el que ella andaba saliendo, estúpido. Townley no tenía ni un solo centavo. Vino por aquí una noche e hizo una tentativa desesperada para hacer saltar la banca y conseguir algún dinero. Pero resultó al revés, perdió cincuenta mil dólares!

Valenti sacó un papel del bolsillo y arrojó sobre el escritorio. ¡Léalo! ¡Allí está su vale!

Durante algunos momentos reinó un silencio mortal en la oficina. Fue Patterson inclinaba su cabeza hacia rasurada para echarle una ojeada a la nota, conservando su automática al mismo nivel.

—Entonces, ¿por qué estaba hablando con ella tan secretivamente esta noche? El tono de su voz había cambiado. No había duda ahora.

—Le diré por qué. Su esposa sospechaba la verdad... Que Townley estaba muerto. Yo tenía también la misma idea, por algunas razones. Yo estaba tratando de protegerme. Un hombre me debe cincuenta mil dólares y eso parece. ¿Suponga usted que se le encuentra asesinado? Alguien llega a saber que yo tengo el vale y acto seguido me achacan a mí la muerte! Soltó una risita amarga. —Luego vine por aquí el detective ese primo! Él también anda en busca del tipo al que me propongo dejarle que siga sus investigaciones y...

—¿Qué detective? —Inquirió Patterson.

—Morgan, el amigo ese que está en su casa anoche. ¿Para qué cree usted que lo hizo venir la noche de Townley?

Patterson meditó por unos momentos. Luego dijo con voz alterada: —Usted con demasiada facilidad, Valenti. Su voz tenía otra vez el timbre de suspicacia. Si Townley está muerto entonces fue usted el que lo asesinó! Luego tenía usted miedo de que Elsie hablara, así que...

Consideré que era el momento en que yo debía moverme. La voz de Patterson había empezado a temblar al mencionar el nombre de su esposa. Me introduje al cuarto con rapidez.

—Patterson, —dije con voz tranquila, a fin de no oírlo a asustar demasiado.

Se dió vuelta con rapidez y su pistola quedó a menos de medio metro de distancia, que era lo que yo quería exactamente. Si la pistola quedó demasiado lejos no da resultado la suerte de Judo.

MI mano derecha descendió como un látigo, cogí el cañón de su pistola y la desví hacia la izquierda. Con ese mismo movimiento mi izquierda golpeó con fuerza la muñeca de Patterson que empuñaba la pistola. Fue fácil arrabatarla de su mano. Es un ardido basado en una palanca y tiempo exacto. Hasta una mujer puede hacerlo con un poco de práctica.

Me eché la automática al bolsillo y dije: —Todo lo que le ha dicho, Patterson, es la verdad. Se le olvidó a usted una cosa. Valenti, aquí presente, ni siquiera estaba en la casa de usted cuando Elsie... cuando sucedió eso. El ya había partido.

Valenti afirmó con la cabeza. —Gracias, —dijo, y pareció ser sincero.

Patterson se sentó. Dejó caer los hombros. Yo me volví nuevamente a Valenti. —¿Qué más le dijo la señora Patterson?

—Parecía tener una idea acerca de alguna cosa, —explicó Valenti: —Creía que el cuerpo de Townley estaba en



# CONFLICTO ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO

Por Gonzalo Chacón Trejos.

**I**REMENDA fue la emoción del tranquilo y católico vecindario de Cartago cuando el día 21 de junio de 1839 supo que el cadáver de un hereje pretendían sepultarlo en el cementerio de la ciudad, junto a los de cristianos ortodoxos de la fe católica. La noticia corrió velozmente, levantando una ola de indignación, protestas y amenazas. Es claro que en ese movimiento defensor de la fe estaban en primera línea el Vicario Foráneo, suprema autoridad de la Iglesia de Costa Rica, señor presbítero don José Gabriel del Campo, el Cura de Cartago don Rafael del Carmen Calvo y todo el Clero de la ciudad.

¿Cómo! ¿Pretendían enterrar en sagrado a un réprobo que ni estaba bautizado ni había recibido, a pesar de la insinuación vehemente que se hiciera, la extremaunción? Eso jamás; y si en ello se insistía era seguro que habría gran marimorena y tremendo zipizape. En cuestiones de fe nadie aventajaba a los cartagos, que estaban muy dispuestos a que el cadáver de un hereje no profanara el santo lugar destinado a los fieles.

Aconteció que ese día a las doce murió el norteamericano Mr. David E. Cotheal, en la casa del médico inglés Mr. Richard Brealey, víctima de aguda disentería complicada con tercianas.

Cotheal es el mismo que en 1835 vendió pólvora, plomo y piedras de chispa para los fusiles del Gobierno de Carrillo; pero también junto con su socio O'Lamson vendió a los ligueros unos cañones con los cuales éstos esperaban derrocar a Carrillo. Vencidos los ligueros, Cotheal fue hecho prisionero, juzgado y condenado a diez años de presidio; pero en realidad sólo estuvo preso treinta días, y Carrillo poco después le permitió quedarse tranquilamente en el país, a pesar de que por sus manejos con los ligueros era merecedor de la última pena.

Quien quiera más datos sobre Cotheal, lea "La primera reclamación diplomática" publicada por nuestro máximo historiador el erudito y admirable don Ricardo Fernández Guardia, en la página 365 de "La Independencia y otros episodios".

Cuando Mr. Brealey fue a pedir la autorización para enterrar a su amigo, se la negaron el Cura y el Vicario. Hecho una furia, Mr. Brealey montó a caballo, galopó furiosamente hacia San José, y a reventar cincha llegó a la casa del Ministro General, don Rafael García Escalante, a quien puso al tanto del atropello que se le infería. Don Rafael, que no daba paso sin consultar con el superior, acompañó al indignado inglés a casa del Jefe Supremo, licenciado don Braulio Carrillo; después de corta conversación, pues don Braulio resolvía los asuntos en volandas, dió sus órdenes al Ministro, quien despatchó la nota siguiente:

"Al Padre Vicario. Sabe el Jefe Supremo que hoy a las doce del día ha fallecido Mr. David E. Cotheal, ciudadano de los Estados Unidos del Norte; y estando vigentes los Tratados celebrados entre aquella nación y Centro América, en la ciudad de Washington a 5 de diciembre de 1825 que entre otras cosas en su artículo 13 dice: "Además de esto podrán sepultarse los cadáveres de los ciudadanos de una de las partes contratantes que fallecieren en los territorios de la otra, en los cementerios acostumbrados". Me ha prevenido el Jefe Supremo decir a usted se dé el cumplimiento debido a esta disposición que en esta parte fué convenido en el artículo 33 fuese permanente y perpetuamente obligatorio para ambas potencias. Lo digo a usted de suprema orden para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios. Unión, Libertad. San José, junio 21 de 1839. El Ministro General, Rafael G. Escalante".

Volvió ya en la noche Mr. Brealey a Cartago, golpeó vigorosa-

mente el pesado aldabón de la casa del Vicario y entregó la nota del Gobierno, añadiendo que el en tierra debía verificarse en la mañana siguiente. Pero al otro día el Vicario y el Cura siguieron erre que erre y en sus trece plantados en que nones. Mr. Brealey, con la paciencia a punto de estallar, acudió al Jefe Político don Antonio Figueroa, quien comenzó en un va y ven de la casa del Vicario a la del Cura, de ésta a la del muerto, de allí a su despacho; en idas y venidas se pasó el día 22, Mr. Brealey pidiendo a gritos que se cumpliera el Tratado sacrosanto y el Vicario obstinado en rotunda negativa. A todo esto grupos hostiles de fanáticos, señorones, mujeres y hasta el último pelagatos se estacionaron frente a la casa del hereje, dispuestos a impedir a como hubiera lugar la inhumación en sagrado; el comandante de la plaza, que contaba con muy exigua fuerza armada, tomó cartas en el asunto y la cosa se iba poniendo por momentos cada vez más fea, pues no pocos fanáticos recalitrantes y bullangueros portaban pavorosos guayacalines, amenazadoras piedras y relucientes y filosos machetes y puñales.

Así las cosas despachó el Jefe Político precipitadamente un correo a San José, dando cuenta al superior de lo que pasaba, de las amenazas de motín, la exaltación general de los ánimos, la indignación de Mr. Brealey y la inflexible oposición del Vicario y del Cura.

En cuanto se enteró don Braulio del desacato a sus órdenes — ¡rayos y truenos! — despachó inmediatamente hacia Cartago dos compañías de soldados armados de fusil y bayoneta con órdenes severísimas. ¡Vicarios y curas a mí! ¡Ni Cardenales ni Papas, ¡vive Dios!

A todo esto era ya el día 23 y el cadáver del infeliz Mr. Cotheal no podía tenerse más tiempo insepul-

to. Junto con las tropas llegaron a Cartago dos despachos, uno para el Jefe Político trascribiéndole la orden dada al Vicario, y copia de una nueva nota concebida en términos muy enérgicos que contestaba otra del Vicario en la que éste fundaba su negativa en los Sagrados Cánones, los Evangelios, la autoridad de los Santos Padres y las Decretales, todo con muchos latines y citas. La nota del Ministro General, fechada el 23 conminaba al Vicario a cumplir las leyes del país; habla elocuentemente de la santidad de los Tratados y los dictados humanitarios, saca a relucir la doctrina de Jesucristo según la cual todos los hombres son hermanos; le reprocha "su intolancia, contraria a la moral, que hace desviarse en los creyentes los sentimientos humanitarios", e insiste en que esas son las instrucciones que ha recibido del Jefe Supremo; "las que deben cumplirse estrictamente", agregando que "la humanidad contradice el principio de dejar un cadáver insepulto e insultar su memoria por el solo hecho de no haber profesado la fe católica".

Naturalmente, ante semejante actitud de don Braulio Carrillo, apoyada con firmes bayonetas, el Vicario, el Cura, los clérigos y todos los fanáticos se amilanaron, les entró frío en la espalda y temblores en las piernas; y la algazara del populacho que parecía dispuesto a armar la de Dios es Cristo, se tornó silencio sepulcral, largándose muy mansitos a sus casas, tragando en seco, cabizbajos, derrotados.

Por fin, ¡por fin!, en la tarde del 23, más de dos días después de muerto, enterraron al pobre Cotheal en el cementerio, protegido por la fuerza armada que durante algunos días montó guardia sobre su sepulcro para impedir que el cadáver fuera arrojado del cementerio. Eso sí, el día siguiente al en tierra, el Vicario, el Cura, todos los clérigos, una legión de beatas distinguidas y muchos vecinos prominentes, en gran procesión, con Cruz Alta, ciriales y facistolos se

algún lugar del lago. No sé qué fue lo que la puso a pensar tal cosa. Me iba a explicar más detalladamente después.

Estaba diciendo la verdad, no podía existir dudas. Recordé lo que a mí mismo me había dicho Elsie...

Tony añadió: —Se me ocurrió raro, de estar su cuerpo en el lago, que no hubiera sido hallado hasta ahora. Luego recordé que el lago se derrama por aquí junto a una pequeña presa. Por el otro extremo lo alimenta una corriente. Tengo por allí un par de muchachos buscando, por si acaso.

—¿No sabía nadar Townley? Valenti movió la cabeza lentamente negando. —Eso es algo más todavía.

Acabo de averiguar que no sabía nadar. De pronto, ví que era necesario que nos apresuráramos... —Veamos: —dije, —sí es que han encontrado una cosa.

Valenti estuvo de acuerdo. Nos llevamos a Patterson. Parecía sentirse muy mal. Fulmos en coche hasta la parte más lejana del lago, no muy distante de Los Robles. Valenti usaba su propio sedán. La represa era de cemento armado y como de unos cuarenta metros de extremo a extremo, media oculta por árboles viejos y matorrales que crecían abundantemente en esa parte del lago.

Cuando llegamos vimos que se hallaban allí el tipo del pecho de barril, Polvoso y el expugilista Jorge. Estaban embadurnados de lodo y basura que se había acumulado en la compuerta de gruesas rejas, y que se hallaba sumergida un poco más abajo del nivel del agua.

Allí estaba también David Townley y no tenía muy buen aspecto. Lo habían sacado con ganchos especiales. Debe haber estado atorado contra la puerta y por abajo del nivel del agua durante una semana aproximadamente. Valenti y Patterson lo identificaron de un modo positivo.

Un momento más tarde me sorprendí mirándome las palmas de las manos. Las había levantado y me las miraba atentamente, mientras sentía como me corría un hilillo de agua fría por la espina dorsal. Valenti me miró con curiosidad al ver cómo me frotaba contra los muslos como tratando de librarme de la frialdad que sentía en ellas.

Llamé a Valenti y le dije a donde iba. También le hice algunas preguntas. Sus ojos negros mostraron profunda sorpresa. Era la primera vez que su cara de jugador de poker había mostrado sus sentimientos.

—Comuníquese con el Jefe de Policía, —dije. Pídale que se reúna con us-

ted allá. Denme diez minutos o algo así, antes de que intervengan. Quiero averiguar otra cosa.

Partí solo. Me imaginé que no habían pasado más de veinte o veinticinco minutos desde que me dirigiera a la casa del jugador. No era mucho.

Minutos más tarde dejé el coche estacionado en la curva del camino. Caminé el resto.

Había una lucecita arriba en la recámara. Abajo reinaba la más completa oscuridad. Subí la escalera, crucé el pórtico y hallé la puerta abierta de par en par. Nadie las cierra en una colonia lacustre. Permanecí un rato en la sala para dar tiempo a mis ojos a que se acostumbraran a la penumbra. Luego di con la escalinata y subí lenta y sigilosamente.

De la puerta abierta de la recámara salía luz. Se escuchaba un zumbido suave, como el de un abanico eléctrico. Entré silenciosamente.

Estaba sentada frente a un tocador. Llevaba puesta una delgada bata de casa y no había la menor duda de que era una criatura elegante.

Las gruesas guedejas de su pelo rubio caían sobre sus hombros. El zumbido provenía del secador eléctrico que tenía en la mano. Parecía estar terminando. No me había oído entrar.

—Dije: —¿Louella?

Se dió vuelta con un pequeño sobre salto. Sus ojos revelaron de inmediato una gran intensidad.

—Descubrí que tenías el pelo húmedo cuando te besé hace un rato, comencé a decirle. —Sin embargo, no había tomado parte en la carrera. Nunca me dijiste que habías estado en el agua. Mientras pasaba la excitación, ese hermoso cuerpo tuyo se estaba secando. Pero no se te secó el pelo. Por eso conservaste puesta la gorra, ¿no?

No contestó. Sus ojos parecían cauteños. Hubo un breve momento de silencio.

—Lo hemos encontrado, —dije. —¿No sabía nadar, verdad? Y Elsie Patterson sabía muy poco. Ahogaste a los dos, sumergiéndolos en el agua, ¿verdad?

Se puso de pie y mostrando una expresión de horror, dijo entrecortadamente: —¡Steve!

—Corta la comedia, Lou, dije con amargura. He sabido demasiadas cosas. Dave estaba quebrado. Tú lo sabías y fingiste ignorarlo. Y eso que lo que quieres más en el mundo es el dinero. El tenía varios seguros de vida.

Yo hablaba lentamente y me sentía tan frío como un pedazo de hielo al hacerlo. Planeaste mi venida a estos lugares y luego melanzaste astutamente contra Tony Valenti, fingiendo du-

465

dirigieron al cementerio pacíficamente, rezando entre nubes de incienso, para con un diluvio de agua bendita purificar la tierra santa profanada con la presencia de un hereje.

Por todos esos acontecimientos, el odio al mismo tiempo que el miedo hacia el enérgico don Braulio, recrudecieron en Cartago, la ciudad más hostil a su persona, que un mes después tomaba sonado y singular desquite por haberla obligado a guardar entre sus muertos venerandos los restos de un precito. La cosa sucedió de esta manera: Mr. Raimundo Baillie, caballero inglés que vivía prendado del clima de Cartago, de su silencio y quietud que eran soberano remedio de su *spleen*, cayó gravemente enfermo. Mr Baillie era un reconocido protestante que jamás profesó la fe Católica Apostólica Romana, como lo atestigua el Honorable John Lloyd Stephens Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Centro América, quien estuvo en Cartago en 1839 y lo supo con toda certeza, nada menos que por uno de los íntimos y albacea testamentario de Baillie el norteamericano Mr. Rorman Lawrence, con quien Stephens tuvo íntima amistad en Costa Rica.

Mr. Baillie, que hacía tiempo estaba enfermo, había previamente indicado a sus amigos y albaceas el lugar, bajo un corpulento cedro a la vera del camino de la Arenilla, sitio ameno de belleza maravillosa, donde quería descansar de esta vida sosa y triste; sabía muy bien la infeliz historia del entierro de Cotheal y no quería discusiones canónicas sobre su frío cadáver ni soldados armados y fieros empujando su ataúd hacia la sombra eterna. Como inglés esplínico, correcto y de buen gusto, quería que su entierro fuera silencioso, honorable, *gently*. Hizo *in extremis*, llamar al notario y ante testigos dictó su última voluntad, disponiendo de sus bienes; cuando el notario le preguntó, conforme al uso, qué religión profesaba, Mr. Baillie contestó débilmente que "era cristiano". El notario, excedatario el testamento, y cuando redactar el testamento, y cuando regresó para ratificarlo, ya Mr Baillie, discretamente, había dejado de existir. He aquí cómo fue redactado:

"En el nombre de Dios todopoderoso y de la Virgen María, se

ñora nuestra concebida sin mancha de pecado original, amén. Sépase y sea notorio a todos los que este mi testamento vieren cómo yo, Raimundo Baillie, natural de Liverpool y vecino de esta ciudad, hallándome por la misericordia de Dios en paso de muerte por enfermedad que la providencia divina me ha mandado, pero en mi entrop y sano juicio, memoria y entendimiento natural, creyendo y confesando en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, en el de la Eucaristía y Redención y todos los demás misterios que cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana en cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir; temeroso de la muerte que es natural a todo viviente y su hora incierta, invocando como la invoco a la Reina de los Angeles, al Santo Ángel de la Guarda y santos de nuestro nombre para que intercedan con su Majestad Santísima me ampare en mis culpas y me dé acierto que es el que necesito para ordenar este mi testamento en la forma que sigue: Primeramente mando mi alma a Dios Nuestro Señor que la crió y redimió con el precio infinito de su sangre, vida, pasión y muerte, y mi cuerpo a la tierra de que fue formado, y hecho cadáver que sea sepultado en el panteón de esta ciudad, etc."

Siguen la disposición de bienes para una dama de Escocia y nombra para albaceas a Mr. Ricardo Brealey y a Mr. Rorman Lawrence. Ese testamento fue otorgado en Cartago el 27 de julio de 1839 ante Pedro Iglesias, Alcalde Tercero Constitucional, y lo firmó Mr. Ricardo Brealey por imposibilidad física del otorgante —al país que fueres haz lo que vieres—, ante los testigos instrumentales (aquí viene flor y nata de Cartago) Mr. Juan Dent, Mr. Ricardo Paynter, don Juan de Dios Céspedes, don J. Anselmo Sancho, don Francisco Alvarado, don Domingo Rojas y don Alejandro Sancho.

El buen Alcalde, radiante de júbilo, voló hacia la Vicaría y mostró a los padres del Campo y Calvo el testamento debidamente firmado, según el cual el *macho* Baillie había muerto confesando ampliamente, indudablemente, irrefu-

rante todo el tiempo que ni siquiera lo conocías, pero sí lo conocías. Me lo acaba de decir. Me dijo algo más. Que te había telefonado sobre el vale de David.

Me aproximé más a ella. Tenía que hacer grandes esfuerzos, pues sentía el deseo profundo de abofetearla. —A noche, en la casa de Patterson, fingiste una gran sorpresa al ver a Valenti.

—, ¡Cállate! profirió Louella. —Mataste a Elsie Patterson porque te aterrorizaste al ver a Valenti en la fiesta. Sabías que ella había andado saliendo con Dave, tu esposo. Sabías que el esposo de Elsie, o Valenti, estaban bien colocados para aparecer culpables. Sabías lo del vale y lo de Valenti y encauzaste las sospechas hacia él. Pero no pudiste hallar el cuerpo de Dave. Debería hacerlo alguna otra persona. De algún modo te hubieras dado maña para hacer que esa otra persona descubriera el cuerpo.

Solamente en una ocasión mostró temor. Mojó sus labios con la lengua rápidamente y luego los apretó con firmeza. Una expresión de burla borró toda la belleza de su rostro.

—¡Pruébalo!— demandó con furia mal contenida.

Me acerqué a ella y la cogí por sus hombros hermosos. —Voy a sacarte la confesión a golpes, —le dije queda-

mente. —Voy a golpearte la cara, esa cara tuya, hasta que la convierta en pulpa. No vas a verte muy bonita cuando termine contigo.

Lanzó un grito agudo. Yo seguí asiendo la fuerza. La sacudí con tanta fuerza que la bata se le desprendió por un hombro. La doncella, Clara bella, oyó el ruido y entró corriendo de algún otro cuarto. Trató de pegarme con las manos, dando los gritos también.

Lou estaba atemorizada. Destrozar aquella belleza suya hubiese sido peor que la muerte. Continuaba gritando con un miedo pánico, profundo.

Y lo único que había hecho yo era sacudirla un poco. No era el temor que se agitaba en su mente lo que la hizo desmoronarse.

—Muy bien! gritó. —Yo los maté. Te lo contaré todo. ¡Pero no me pegues por favor!

Durante la confusión habían llegado Valenti, el gordinflón Jefe de Policía y otros. Yo estaba tan concentrado en aquel acto final que ni siquiera los oí. Pero ellos habían oído sus palabras y ese fue el final. Habían estado de pie, escuchando, en el pasillo exterior.

No fue sino hasta la tarde siguiente en que pude hallarme solo de nuevo. Había habido algunos detalles que aclarar. Suplimos que Lou hasta ha-

# CULTURA EN EL MUNDO

## TRIBUNA LIBRE EN EL FESTIVAL DE EDIMBURGO

El tema de la tribuna libre del Consejo Internacional de la Música que se ha celebrado últimamente en Edimburgo, con la colaboración de los organizadores del Festival, ha sido "La música y la juventud". Los asistentes han estudiado los diversos métodos empleados para estimular la apreciación de la música en los jóvenes y se han celebrado dos conciertos para demostrar la utilización de estos métodos.

## UN ATLAS NORTEAMERICANO DEL FIRMAMENTO

El Observatorio de Palomar, en California, Estados Unidos, publicará en breve el primer volumen de un Atlas del firmamento en cinco volúmenes, resultado de seis años de vigilancia de los cielos. El Atlas contendrá mil fotografías de 35 centímetros cuadrados. Los astrónomos estadounidenses han conseguido registrar en sus mapas alrededor de las 3/4 partes del fir-

mamento, todas las que son visibles desde el Monte Palomar, a una distancia de quinientos millones de años-luz. De este Atlas se publicará alrededor de cien ejemplares para uso de los Observatorios, Universidades e Instituciones científicas.

## ASISTENCIA A LA JUVENTUD INGLESA

Parece que, como consecuencia de las experiencias realizadas en el curso de los últimos años, Inglaterra ha conseguido grandes progresos en lo referente a la asistencia a la juventud. El Ministerio de Trabajo es el promotor de esa ayuda. Todo niño que sale del último año escolar es tomado a cargo de ese Secretariado del Estado en lo que concierne a sus posibilidades de utilización profesional, su estado sanitario o desarrollo intelectual ulterior, si se trata o no de formar profesional. Resulta de esta nueva organización que el 80 por ciento de adolescentes ingleses deben su porvenir al Estado, el cual se preocupa de revelar competencias, que si se pasaban inadvertidas o no tendrían medio para desenvolverse

tablemente, la fe católica.

Como reguero de pólvora corrió la noticia de la "conversión" del protestante, y el más vibrante júbilo se apoderó de los quietos cartagos. La Iglesia, oficialmente, tomó a su cargo los funerales y entierro; inmediatamente comenzaron a doblar todas las campanas de la ciudad, cuyos habitantes se echaron a la calle poseídos del más auténtico delirio religioso.

Ahora vería el "Sapo de Loza" cómo procede Cartago para enterrar a un extranjero "católico apostólico romano". Los preparativos fueron grandiosos: se contrató los mejores músicos, se cubrió de negros cortinajes la iglesia que resplandecía iluminada por centenares de candelas; y ante el más solemne recogimiento de una enorme multitud se cantó, de cuerpo presente, misa y responsos inter-

minables. El cortejo desfiló hacia el cementerio en la más imponente manifestación de duelo que presenciara la Muy Noble y Leal Ciudad desde su fundación, hacia sí tres siglos.

Precedido por tambores y velas, todo el clero, revestido en los ornamentos de las grandes solemnidades, llevando todas las cruces, todas las imágenes y emblemas de que pudo echar mano, marchaba grandiosamente entre la doble fila de las cofradías con sus hábitos, cirios, escapularios, orflamas y estandartes; detrás, la población entera, en masa, marchaba con recogimiento, devoción y respeto profundos.

Fue algo inaudito y nunca visto, que hasta esta fecha no se ha repetido en Cartago, y es muy posible que ya no se repita nunca jamás.

Entonces entró alguien a la cantina. Me di vuelta. Era bonita. Tenía pelo plateado y unos profundos ojos verdes. Una muchacha a quien quisiera llevar a pasear.

Se sentó junto a mí. —Acabo de firmarme que se va a Chicago, —dijo Velma. —Pensé que podría acompañarlo. Tengo unos días libres. Quiero ver a mi agente para ponernos de acuerdo para la estación de otoño, que es cuando cierran por aquí.

Pepe me miró como lo había hecho la otra noche, pero no tenía por qué preocuparse.

Dije a Velma: —Corazón, ahorita es un mal tiempo. Sería mejor que no me lo hubieses pedido. Le aclaré uno de sus hombros. —En alguna otra ocasión cuando estés en Chicago búscame en el directorio telefónico y ve a verme. Tal vez sean diferentes las cosas. No lo sé. No lo sé.

Terminé mi bebida y coloqué un billete sobre la barra, recogiendo mi maleta. Velma me estaba mirando. No me miraba como lo hubiese hecho cualquier otra mujer en aquellas circunstancias. Creo que entendió.

Hubiese estado dispuesto a apostar que algún día me iba a llamar, y creo que yo tendría mucho gusto si lo hiciera.

había consultado a un agente de una compañía de seguros y llenado una solicitud preparatoria sobre el seguro de Dave. Le había dicho que sospechaba un suceso desgraciado.

El ir a ellos primero, fue otro de sus movimientos más astutos. ¿Qué asesino consultaría primero a una compañía de seguros, antes de hallarse el cadáver? Tenía unos nervios muy bien sentados.

Era domingo y yo no había dormido durante varias horas. Pero lo que más necesitaba antes de irme a Chicago era una bebida. La cantina del hotel no abría sino hasta la una de la tarde.

Me fui a ese lugar después de haber pagado mi cuenta en el hotel, estacioné mi coche frente a la cantina, entré y me senté en un banquillo. Un poco de borbón, —dijo a Pepe, el robusto Pepe, el mismo individuo que había estado allí cuando me había encontrado con Velma por primera vez.

—Creo que ha de ser duro, —me dijo con seriedad al colocar una botella y un vaso frente a mí. Me he enterado de todo.

—Sí, —dijo. —Un negocio sucio.

Se dió cuenta de que no quería hablar así que se alejó y me dejó con mis pensamientos.

# El Historiador Don Cleto González Víquez

**E**L estudio de los méritos de un hombre debe comenzar por el carácter, fisonomía del alma, sello que distingue a cada espíritu de todos los demás. El carácter se corrige, se modera, se perfecciona, pero jamás se muda. En épocas y en naciones grandes los caracteres se elevan, se acentúan, resaltan; en períodos decadentes se abajan, pierden las líneas salientes, se confunden unos con otros. Por eso en un país como el nuestro, donde el temple de alma ha mermado, donde todos los resentimientos aun sin quererlo de las miserias en que por años enteros hemos vivido, puede apreciarse mejor por el contraste de un espíritu como el de Don Cleto. Jamás pensamiento pequeño le cupo en la mente, ni proyecto ruín en la voluntad, ni afecto mezquino en el corazón. Para él los propios intereses eran nada; el deber, en cambio, era todo. Al carácter se unía en Don Cleto el talento. Era el suyo clarísimo, universal. Afable y cumplido con todos; maestro en el arte de hablar a cada uno diverso lenguaje. Don Cleto se mantenía alejado de los círculos, de las argollas, de las maffias.

Su vida como su obra sigue siendo ejemplo de bondad y de trabajo para las nuevas generaciones. La vida del Licenciado González Víquez ha tenido una trayectoria espléndida. A nadie odió jamás, ni nadie podrá decir que haya sufrido por su causa.

Es necesario que la generación del 50 lo recuerde con cariño y venero su memoria.

Nació el ilustre costarricense en el pueblecito de Barba de la provincia de Heredia el 13 de Octubre de 1858. En el histórico Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago empezó a distinguirse el precoz colegial, de tal manera, que si se registran los anales del Colegio, allá por 1872, se encuentra que el alumno González Víquez obtenía sobresaliente en todas las asignaturas y que disputaba con sin igual brillantez las oposiciones a premios, venciendo en el torneo a los más aventajados. Después, en la vida pública y en su conducta particular, continuó recibiendo la nota de sobresaliente; sólo que ahora no es el Tribunal del Instituto el que califica, sino el Gran Jurado de la Opinión Nacional.

Don Cleto pasó luego a estudiar Derecho a la Universidad de Santo Tomás y antes de graduarse, fue nombrado Secretario de la Comisión Codificadora que hizo los actuales códigos vigentes de Costa Rica y en los que trabajaron el guatemalteco Doctor Cruz, don José Rodríguez, don Ascensión Esquivel y el Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno.

En el año de 1887, el Licenciado González Víquez recibía su diploma de Abogado, con tanto orgullo, que sintiéndose fuerte y dispuesto a conquistar fama y gloria, unió sus apellidos a los de la muy ilustre dama Adela Herrán Bonilla. Poco tiempo después se le distinguió con el nombramiento de Catedrático de la Escuela de Derecho, en varias asignaturas. En 1885 había ido a Washington como Se-

cretario de la Legación; el 87 fue Subsecretario de Relaciones Exteriores y al finalizar ese mismo año, estuvo con el Licenciado don Ascensión Esquivel en Guatemala estudiando el delicado problema limítrofe con Nicaragua.

Cúpole el honor de haber viajado en compañía del Licenciado don Bernardo Soto, entonces Presidente de Costa Rica, y en su carácter de Ministro de Gobernación y de Relaciones Exteriores, a Nicaragua a finiquitar el asunto de límites entre Costa Rica y ese país hermano. El mismo año, el Gobierno de Costa Rica lo enviaba a Europa para estudiar junto con el Marqués don Manuel María de Peralta la cuestión límites con Colombia. En 1889 fue el Ministro de Relaciones Exteriores de los llamados cien días del Gobierno de don Ascensión Esquivel; el 92 fue Diputado a uno de los congresos más ilustres habidos en Costa Rica y que disolvió dictatorialmente don José Rodríguez; en 1902 fue Ministro de Relaciones Exteriores y Designado a la Presidencia de la República en 1904, y en 1905, fue electo Presidente Municipal de San José recordándose su manejo como el más beneficioso para la comunidad josefina, y en 1906, fue electo, por la voluntad del pueblo de Costa Rica, Presidente de la República, venciendo una coalición de cuatro candidatos.

La efervescencia originada en la lucha política que se desarrolló para su elección, y que ha sido indudablemente la más enconada y activa de cuantas se recuerdan en la historia política de Costa Rica, tuvo que apaciguarse prontamente ante la admirable bondad del hombre, el patriotismo altísimo del ciudadano y la magnífica eficiencia del Presidente González Víquez, cuya admiración se recuerda como la más proficua en bienes para los costarricenses, no sólo por la paz que logró mantener y por las leyes notables que a su proposición se aceptaron, sino porque bajo su mando, — que era sabia dirección, — creció la vida económica del país hasta alcanzar gran altura, no obstante repetidos desastres, como inundaciones y hasta terremotos que desgraciadamente azotaron al país por aquella época.

En 1910, cumpliendo la Constitución y las leyes democráticas de Costa Rica y su propio deber, entrega legalmente la Presidencia de Costa Rica al Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, quien había hecho en el Congreso violenta campaña contra el gobierno del Licenciado González Víquez, haciendo de esa oposición su plataforma para ganarse las masas fácilmente, para después, como Presidente, venir a aceptar y hasta recomendar los mismos contratos y leyes que antes adversara en el Congreso, con lo cual, más que nunca, se convencieron los costarricenses de que a Don Cleto siempre le guió el patriotismo, no siendo suficiente para apartarlo de esa sagrada línea de conducta ninguna vanidad humana.

Don Cleto González Víquez no era un iluso. Vivió en la realidad. Sabía lo que es el mundo y lo que podía esperarse de los hombres. Sabía que un cambio fundamental súbito en la socie-

# LEYENDA DE UNA VIDA, EN ZWEIG

Por Julio C. Suñol  
Redactor de LA REPUBLICA

**E**N el Infanta Isabel, y dando principio a la temporada teatral, se presentó la obra de Stefan Zweig titulada Leyenda de Una Vida, Zweig, quien tiene cuatro o cinco obras de teatro, entre ellas y las más fuertes, Jeremías y la que ahora comentamos, no pudo triunfar ampliamente con sus creaciones teatrales. En Europa, poco o ningún caso se le puso a su producción en esta materia. Ignorán dose, por lo menos hasta ahora, los motivos fundamentales por los que debió permanecer no en la posición que hubiera merecido, sino más bien, en la de segundón como comediógrafo.

Sin embargo, en la presentación de Leyenda de Una Vida, que a nosotros nos pareció formidablemente llevada a la escena, logra su plenitud Zweig, hasta tal punto que nos agradó mucho más que Jeremías, pese a que en ésta encontramos siempre la ternura, la pasión y los arrebatos melodiosamente poéticos que Stefan pone en todo lo que es de su producción.

Leyenda de Una Vida, es la his-

toria humana llevada a la realidad. La historia duramente humana y fuerte en donde se pone al descubierto sin ninguna consideración, toda la mezquindad y también toda la grandeza del alma.

Se trata de un hombre grandioso como escritor. Deja un hijo que hereda asimismo toda la capacidad intelectual de su padre. Sin embargo, no pasa de ser el hijo de su padre, por lo que para la colectividad, para la familia y sus amistades más íntimas, es y será siempre el hijo de Carlos Frank, no el autor Federico Mario Frank. El hijo adora a su padre muerto. Pero esa adoración en veces aparece muy aparente porque en medio de todo, existe, pareciera, cierta envidia, cierta no disimulada afectación espiritual en el hijo porque dedicándose éste a espulgar en todos los rincones de la vida de su padre, no puede encontrar la mínima mancha que lo haga aparecer como un ser humano. Porque la imperfección, humana esencial y sustancialmente, no está por ningún lado. Y además, porque el hijo tiene sus toques no muy morales, lo que viene a hacer mucho más dolorosa su situación. Frank hijo, tiene una mujer de baja condición social a la que adora en los momentos de presencia ante ella. En los instantes en que con ella pasa sus ratos, conversando y amándola. Cuando la trata y cuando la siente. Ello es consecuencia del trato que con esta alma pura ha tenido. Sin embargo, los prejuicios, eternos prejuicios, le hacen desdeñarla y no querer presentarla ante los amigos y los familiares. Sería peligroso y la reputación no debe perderse. Se da, entonces, la doble personalidad. Se quiere pero se teme querer. Se adora y se manifiesta afecto, pero ese afecto es limitado a los ratos de ocio y de convivencia espiritual.

Sucedo algo raro. El hijo descubre la existencia de una mancha — si así se puede llamar — en la vida de su padre. Este padre tuvo amores como él. Tuvo una costurera que fué su musa inspiradora y su prodigadora de amor de madre, de amante y de hermana. La que le costeó sus estudios. Fue su todo, cabría decirlo. Pero también los prejuicios se interponían. Luego se casa con otra mujer y hace abandono de su primer amor. La otra mujer lo quiere. Pero lo ve desde diferente ángulo. Son amores diferentes. Y después de su muerte, su esposa trata de levantar una leyenda de su vida. Estimula la creación de biografías en donde no se diga nada de lo que fue su intimidad. Aún sabiendo que todo es tan irreal, como la vida misma; tan inane, como las vanidades; tan atterradoramente tonto, como las pequeñeces de lo terrenal.

Este hombre ilustre soñaba con un mundo ideal para todos los hombres; en un mundo basado en los ideales de fraternidad, justicia y amor. Sabía que era posible construir ese mundo nuevo y a ello dedicó sus esfuerzos. El trataba de contagiar a los hombres con su fe y su esperanza.

Un 23 de Setiembre del año 1937, Don Cleto, que fue todo corazón, que por dos veces ocupó la Presidencia de la República, y a quien el pueblo sepultó con el honoroso título de Padre de la Democracia de Costa Rica, deja de existir en San José rodeado de todos los suyos. Los conceptos que anteceden, con el noble propósito de servir mejor a mi patria, son el fruto de una devoción vivida al ilustre patrio en horas de mi juventud y ahora en la madurez de los años vividos. Es Don Cleto una fuente de inspiración para la juventud de su patria y un valor sencillamente americano que va del brazo de los Sarmientos, de los Martí, de los Hostos y de los Montalvos, fuente que para los jóvenes de hoy y de los de mañana, ha de ser inagotable dentro de las excelencias de su personalidad y en las líneas inmortales de un noble hijo de Costa Rica y fiel servidor de las aspiraciones de los hombres cumbre de este Continente.

Carlos Fernández Mora

SESENTA.—

## DULCE HOGAR...!

Libro analizado: POESIAS de José María Alfaro Cooper. — 1912.

Distinguido señor Director:

Es este un volumen de ternuras en donde el crítico, acostumbrado a buscar siempre las cosas bellas, encuentra una absoluta naturalidad y una maravillosa sensibilidad de arte. Es, la de Alfaro Cooper, una poesía instintiva. Surge del alma sin otra veste que la tenue fosforescencia de sus alas de libélula. Ningún artificio. Su característica es, precisamente, la sinceridad. Sus cantos son apasionados, encantadores. Sonrientes, a veces. A veces, conmovidos. Todos llenos de aspiración hacia las cosas bellas y nobles. Hacia lo infinito. Hacia lo humanamente divino. Son canciones saturadas de idealidad. Les dice el Poeta: "he vertido, en vosotras, toda el alma: mis dudas, mis congojas y este sediento afán que no se sacia..."

Estas líricas evocan ternura en las almas de quienes las leen con entusiasmo. Son estrofas a las cuales nadie puede tenerles lástima como, con modestia muy suya, cree el Poeta. Las cosas bellas no pueden inspirar compasión. Lo único que logran despertar es la envidia que se encuentra acurrucada en las sombras de las almas sin aspiraciones.

El anhelo del Poeta es ir siempre más allá. Cada vez más allá. Desea alzar el vuelo airoso, por las alturas en donde el sufrimiento es algo bello. Algo que purifica al hombre. Que lo hace cada hora más bueno. Cada día más delicado. Cada año más humano. Cada vida más divino.

Las almas bellas, todo lo encuentran dentro de sí mismas. Viven una intensa vida íntima. No sienten vanidad alguna. El único aplauso que las satisficé es el que ellas mismas se conceden. Sin ostentación. En silencio. Humildemente, me atrevería a decir, en una de esas paradojas que son mi encanto.

En la lírica Ilusión y realidad, el Artista, convertido en filósofo, dice de la verdad del desconsuelo, de la mentira de la fe. Son tres estrofas dolorosas. En ellas, se siente más amarga la amargura, como lo afirma el mismo Poeta.

Se pregunta Alfaro Cooper: "¿cómo he de mirar, Dios mío, para hallar la vida hermosa?" El crítico, obligado a reunir en valioso collar las perlas que los artistas distribuyen aquí y allá, sin dudar un instante, daría en seguida la respuesta: Has de mirar del modo con el que miraste al escribir aquel hermosísimo poema De mi hogar. Has de mirar el mundo como lo contemplaste al describir los encantos del pimpollo, hecho de nieve y rosa, del diablillo angelical que llena de alegría tu propio hogar. Al través de los ojos azules, de las miradas traviesas, de la risa juguetona y del olorillo indecible del hijo bienamado, es como la Vida se ve cada vez más hermosa. Es como el alma se siente más energética, preparada para las continuas luchas que la existencia se complace en irnos presentando.

En esa visión que, a diario, tienen todos los padres amorosos, está "el acordé poderoso que convierte en acento cadencioso la borrasca febril del corazón". También se encuentra la serenidad, en la presencia deliciosa de aquella dulce mujer que es la gracia y es la luz de la vida, que ilumina, embalsama y embellece el hogar".

De una delicadeza poco común es la estrofa cuarta de las Rimas. Conmueve, más que todo cuanto logra inspirar temor en los corazones débiles, el beso de la mujer amada, cuando es la recompensa que se recibe por algo noble y generoso. "Todo, todo a la vez, ya no es bastante; no llegará jamás a conmovirme... Y me sentí temblar cuando imprimiste aquel beso de amor sobre mi frente..."

Están saturadas de inefable delicia todas las poesías —¡y son muchas!— que en este pequeño volumen van dedicadas a enaltecer las hermosuras del hogar. En Ausencia, llora porque se halla lejos de la compañera de sus ansias y de sus ensueños. En Amores, con sencillez incomparable, nos dice, sonriendo, de las coqueterías de una chiquitina de quince meses con un rapazuelo que "muestra ufano las pantorrillas, bajo los pliegues de su batita."

Rimas breves es una curiosa poesía de versos de dos sílabas. El Poeta, en su insaciable sed de generosidad, aconseja al hijo del

conforme el tiempo transcurría. Porque para ella, el amor es presencia eterna. El hijo se hace cargo de documentos, y se decide a hacer una nueva biografía. Además, con esta lección, los prejuicios de antes terminan. Se casa con su amante. Hay que reivindicar a su padre y a la amante de su padre. Hay que hacer justicia. Hay que resquebrajar, con fuerza, como se resquebraja una caña en un trapiche, prejuicios y absurdos. El está pronto a su tarea. La madre reconoce su error. Se amalgama en último momento con su rival preterida. Se humaniza y se eleva a planos superiores.

En esta obra de Stefan Zweig, encontramos la prosa inconfundible del eximio artista. Hay rayos y centellas, golpes fulminantes y agueridos y prolongados diálogos en donde se pone en lucha lo profundamente mezquino con lo relevantemente espiritual y lírico. Se llega siempre de lo primero a lo segundo. Después de la tempestad viene la paz. En seguida de la lucha, la hermandad.

A continuación de la crítica, mordaz y solemne, el reconocimiento sin límite de lo bueno y de lo noble en el vapuleado con razón o sin ella. Eso es Leyenda de Una Vida.

Así  
visten  
ellas

JILMA

UMANA

En su figura juvenil armonizan la flexibilidad del junco y la prestancia y la belleza de la rosa... ensueño que se materializa en luminosidades y en gracia...

(FOTO SOLANO)



alma, amor hacia los niños que sufren y que lloran sin culpa alguna. En La abuela, encontramos delicadas estrofas de versos trisílabos en las que dedica elogios bien merecidos a "la madre de veces, la plácida abuela".

En cada uno de los poemas de este joyel lírico, hay vida. Más que vida, alma sencilla, amorosa.

El breve tomo se cierra de una manera poco corriente. Légrimas de madre; El Angel; Dos juicios sobre la vida humana y La Rosa, son traducciones directas del ruso. La última en prosa. Las demás en verso. Del jardín fragante de la literatura rusa, Alfaro Cooper quiso traer a nuestra lírica las bellas frases y los delicados sentimientos del Nekrassov, de Lermóntov, de Puchkine, de Turguéniev. Esfuerzo que tiene un valioso significado en un país, como el nuestro, en el que siempre se ha hecho ostentación de ignorar cuanto es arte.

Páginas de vida. Cantos de inspiración sincera. Líricas de grande espontaneidad en la forma. Estrofas vibrantes de piedad y de cariño entre humanos. Versos de amor armonioso. Todo esto está encerrado en esta diminuta arca de poesía. Franciscanamente abraza a toda la Humanidad y a la Naturaleza misma. Con el único anhelo de enaltecer las inefables bellezas de esta nuestra Vida, dulzura y esperanza nuestra.

Alfaro Cooper, en sus líricas, sigue muy de cerca las orientaciones de la escuela romántica. Hay, en él, una concentración hacia lo íntimo: una consagración del más puro de los sentimientos. No encontramos, en sus poemas, descripción de paisajes externos. Lo interesan, solamente, los panoramas anímicos.

Se aprecia, en la poesía de Alfaro Cooper, cierta voluptuosidad melancólica. El pasado lo atrae. No sabe de erotismos ardientes ni de refinamientos sensuales. A pesar de ser romántico, nunca lo abandona la serenidad. El romanticismo suyo es de pura extracción alemana. Está mucho más cerca de la visión romántica del poeta del Fausto que de las tendencias que, en la misma escuela, siguió, el conocido autor de Athala.

Nunca lo vemos entregado a la desesperación sin límites de un Byron, ni lo encontramos hundido en una desventura abismal como lo observamos en el romanticismo francés. Ya lo dije: siempre se muestra sereno; es la característica esencial de su vida y de su obra.

Debo aprovechar la oportunidad que se me presenta para felicitar, desde lo más íntimo de mi alma, a quienes, en el temario de Castellano para los próximos exámenes de Bachillerato, agregaron el nombre de José María Alfaro Cooper como poeta digno de ser conocido, amado y admirado por los jóvenes que terminan este año sus estudios de Segunda Enseñanza en nuestros Colegios.

Reciba el señor Director de LA REPUBLICA los más afectuosos saludos de,

LUZ DEL ALBA